

Pornócrates



Dionísíacas

PORNÓCRATES

Dionisiácas

COLECCIÓN  DEUNTIRÓN

© Todos los derechos reservados.

LIBRO PRIMERO¹

¡Oh, maravilloso encuentro aquel en un pueblo olvidado donde las sombras de los más sabios diéronse cita! Nunca se hubieran podido reunir tan ilustres conversadores, espíritus tan selectos e ingenios tan brillantes en tan appestoso lugar, especialmente debido a que pertenecían a épocas distintas. Gracias a la magia inigualable de mi dilecta amiga Erina, pudimos lograr tal portento: con solo algunos menjunjes y una que otra palabra caldea dicha en el momento oportuno, las sombras de los grandes hombres se levantaron de sus tumbas y acudieron al portentoso llamado de mi maga.

Todo, con el único fin de tener yo algún tema sobre el cual escribir. Como ya la mayoría de los autores agotaron los asuntos importantes, tuve que acudir a la brujería para poder encontrar argumento digno de mi pluma, ya que mi

¹ Pornócrates vivió durante el siglo VI d. C. Su fecha de Nacimiento es incierta (algunos la ubican por el 511 y otros el 505). Existen algunos datos que hacen suponer que falleció en Bizancio en el 597, muy viejo, gozando de buena fortuna, acon muchos hijos y nietos, luego de haber pasado la mayor parte de su vida en la miseria y sufriendo persecuciones de parte de los cristianos, por su irreverencia, especialmente en una época en que nace la Iglesia Católica y cae sobre Europa el furor homicida de su fanatismo. Espíritu extremadamente libre, Pornócrates sentó las bases de una filosofía naturalista muy poco difundida y que espera nuevos adeptos aún para su desarrollo.

ingenio parece no serlo.

—¿Quién es el impertinente que me ha despertado de mi sueño? ¿Por qué razón se interfiere con mi vida? ¿O mi muerte?

—Respetado Diógenes —le dije—, debes disculpar mi impertinencia, pero cuando conozcas la razón de tu presencia estoy seguro de que querrás participar sin hacer ninguna queja.

—Dime, pues, de que se trata.

—Espera un momento y podrás ver lo interesante de todo esto.

No bien hube terminado de decir esas palabras cuando atravesó la puerta la sombra de Timón, el misántropo de Atenas, que había decidido traerse bajo el brazo la lápida con su epitafio que decía:

*Espinoso zarzal en torno mío,
Árido polvo sin cesar levanta
Y me encuentro entre espinos acerados
Con el fin de que nunca a mi morada
Llegue el ave a posarse, y nunca nadie
En esta selva oscura y solitaria,
Turbe el reposo y soledad que siento,
Porque yo soy Timón, a quién se llama
El Misántropo, de nadie antes querido,
Y a quién Plutón en sus regiones bajas
Apenas reconoce como súbdito,
Y de su lado mismo le rechaza.*

—¿Habéis leído lo que dice aquí? —incurrió a Diógenes sin reconocerlo.

—Yo soy, como vos, también una sombra —contestóle el

filósofo.

—¿Y quién es el maldito hijo de perra que se mete conmigo? —exclamó el misántropo.

—Yo señor —dije—, el cachorro de mi madre querida que ladraba como los ángeles.

Timón me miró con ira.

—Fue el propio Antipater de Sidón¹ quién redactó este epitafio con el fin de poder yo descansar en paz, cosa que en vida me resultara difícil, siempre buscado por los viajeros para conocer al fenómeno Timón que odiaba a sus semejantes. ¿Cuál es la causa de tu insolencia?

—Aquel que veis allí, señor —presenté—, es el cínico Diógenes, con quien, pienso, estaréis a gusto.

Timón hizo una reverencia al filósofo y sus ojos brillaron.

—Para que mentir. Vuestro nombre resulta agradable a mis oídos.

—Pues entonces, solo falta un invitado más y podremos iniciar nuestra charla.

—¿Y quién te dijo a ti, culo mojado, que tengo yo intención de quedarme?

—Verás, respetado Timón —dije intentando aplacarle—; he llamado a tres hombres que renunciaron a todo en la vida con el fin de consagrarse a su propia felicidad. De cada uno de ellos espero recibir respuestas sobre interesantes asuntos y también recoger la discusión que entre vosotros se pueda producir...

—¿Y con qué fin? —preguntó Diógenes.

—Quizás este imbécil es de los que quiere mejorar el mundo —agregó Timón.

¹ Siglo I a. C. Escribió varios epitafios, entre ellos los de Homero y Anacreonte.

—Podría ser. ¿Qué crees tú?

—Yo, Diógenes amigo, creo que es un culo mojado.

—Discúlpenme, señores —interrumpí— pero se equivocan. No me interesa mejorar lo que no tiene arreglo y no soy un culo mojado. Lo tengo muy seco y muy limpio. Y muy oloroso, si queréis comprobarlo.

—Gracioso el tipo. No hay duda.

—E ingenuo —secundole Timón—. Cree que le pondremos la nariz en el ano para que nos asfixie con un gas traicionero.

—Esta conversación no nos lleva a ninguna parte.

—Si. Y yo me vuelvo a mi tumba —dijo Timón.

—¡Os lo ruego! —imploré—. Humildemente.

—¡Humildemente! —dijeron los invitados al unísono y soltaron una carcajada— Veis—. ¡Es un culo mojado!

—Maldición, par de agusanados cadáveres —exclamé furioso—, estiércol del tiempo, podredumbre sin retorno...

—Eso está mejor, ¿no crees tú, Timón?

—Sin duda el muchacho va mejorando.

—¿Y cómo te llamas, culo mojado?

—El nombre que mi madre me diera era tan feo que lo rechacé en cuanto tuve uso de razón.

—Hará un par de horas, entonces. —dijo Diógenes.

—¿Y cómo te llaman ahora quienes te montan? —preguntó Timón

—Mi maestro Juliano de Egipto, el sabio de la poesía, me bautizó nuevamente como Pornócrates dada mis cualidades para relatar historia de placer.

—Me gusta tu nombre. —dijo Diógenes.

—Si. Tiene profundidad, largueza...

—Humedad...

—Insisto, es un culo mojado.

—Jamás señores —dije enfáticamente —he sido montado. No lo dudéis

—Puede que tenga algún interés el quedarnos en este lugar a platicar un rato. —dijo Timón— Estando tú aquí no será insulsa la conversación ni desagradable la compañía.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Diógenes— Mi compañía es buena aún para ti.

—Lo que yo decía. Sin falsas modestias, sin zalamerías ni gentilezas que no se sienten. Bien puedo yo comerme toda esa fuente de fruta y cagaros mermelada en el rostro si así me place.

—Y yo podría beberme aquel tonel de vino y mearos vinagre con hiel en el vuestro. Y lo haría con la mayor seriedad y respeto.

—Nos entenderemos amigo mío. He de quedarme un rato.

—Igual yo. ¿Y dónde está el tercer convidado?

—Mi amiga Erina lo ha llamado, pero se resiste a venir.

—¿Uno más misántropo que yo? ¡Imposible!

—¿O más cínico que yo? Improbable.

—No, señores. Ni lo uno, ni lo otro. Mi otro convidado sé que les agradará muchísimo conversar con él, pues reúne todas las cualidades que debe tener un hombre inteligente; sabiduría, sentido del humor y genio ligero.

—Eso sería la perfección, amigo mío— dijo Timón—. No existe tal persona.

—¡Sí que existe! —insistí— Y podréis estar con ella.

—No me imagino quién podrá ser —dijo Diógenes mientras tenía un dedo metido en la nariz.

En ese momento retumbó toda la casa y de la habitación donde Erina realizaba sus sortilegios salió un estrépito enorme con una columna de humo que pensé la casa ardía por los cuatro lados, pero una carcajada me hizo reconocer

que la bruja había conseguido su propósito.

Entre una nube color marrón apareció un hombre más bien pequeño, semicalvo, de negros ojos vivaces y mirada inteligente.

—Le di una patada en el culo por impertinente —dijo refiriéndose a Erina que pareció toda cubierta de hollín y sobándose la nalga.

—Aquí tenéis— les dije orgulloso— al gran Aristófanes.

—¿Y quién es este culo mojado? —dijo él.

Timón y Diógenes soltaron una carcajada.

—Ya lo notaste —dijeron—. Se lo hemos estado repitiendo...

—A ustedes me parece no conocerlos tampoco —dijo el dramaturgo.

—Diógenes, respetado poeta. Y mi amigo aquí, Timón, el misántropo. Fuimos invocados por este culo mojado para que le diéramos nuestra opinión respecto de algunos temas.

—¿Otro patán que quiere arreglar el mundo?

—¿No digo yo que los genios no necesitamos hablarnos para entendernos? —fue el comentario de Timón.

—No es su intención —concluyó Diógenes—. Me parece que es sincero cuando lo dice.

—Y a mí, qué carajo me importa —exclamó Aristófanes—. Veo que hay frutas y vino. Espero sea algún brebaje digno de un cadáver tan ilustre como yo. Solo faltan las mujeres.

—¿Mujeres? —pregunté extrañado—. ¿Es que ustedes no son sólo sombras?

—Las sombras también tenemos argumento. Y te juro que el mío es de los más notables. —comentó el dramaturgo.

—No voy a discutir eso —dijo Timón—. Por lo menos tenemos aquí a la sin par Erina, que despejada del hollín y enjuagadas del sudor sus partes bajas puede darnos placer.

Erina le sonrió y se vio grotesca con la cara negra.

—Honor sería para mí ser jineteada por tan ilustres pensadores —dijo—. Pero no creo tener suficiente vigor para todos. Ya he doblado la curva donde una debe contentarse con algún combate de vez en cuando y alejarse de las orgías que resultan tan agotadoras. Pero bien puedo proporcionaros placer, pues tengo una amiga que puede suministraros todas las vírgenes que queráis.

—Id por ella —dijo Aristófanes—, que yo no abriré la boca si antes una virgen no abre las piernas ante mí. ¡Corred! Que ya llevo varios siglos sin poder cabalgar.

—Y yo lo secundo —dijo Diógenes.

—Yo, Timón el misántropo, no soy misógino. Comparto la opinión aquí expuesta y nos declaramos en huelga de lengua caída.

—¡No se preocupen! —aseguré—. Recibirán todo lo que deseen.

—Sólo esperamos que tengas el dinero para contratar buen servicio y no lleguen un montón de putas hediondas. ¡Y queremos más fruta y más vino! Y un paño suave para cuando evacuemos en el baño.

—De todo se os dará —les dije—. No tenéis que exigirlo.

—De todas formas, esperaremos ver los resultados.

Y sentáronse los tres a esperar en silencio la aparición de lo solicitado. Yo lancé una mirada desesperada a Erina que me hizo una seña como diciendo que no me preocupara y salió.

—Ya verán, maestros —dije—, cómo este miserable lugar se llenará de alegría, vino, manjares y mujeres para que

disfrutéis sin control.

—¡Error! —exclamó Diógenes— Nunca hay que perder el control pues sin éste no hay disfrute. El placer que se enloquece e independiza de su dueño ya no es placer sino locura.

—Exacto —dijo Aristófanes mientras se peinaba su barba—. En alguna parte escribí: "Epopopopói, popói, popopopói, popói, io, io venid, venid, venid todos, venid, alados compañeros..."¹

—Tú lo has dicho, insigne poeta —dijo alegre Timón—. Nada hay más demostrativo de la cultura y la sabiduría que el placer bien degustado. Aquellos que cantan canciones de abstinencia son unos cochinos hipócritas que con una mano rechazan la mujer y con la otra se masturban. Popopopói, amigo mío. Ahí está la más excelsa verdad, en el popói...

—Yo conocí a un fulano —comentó Diógenes— a quien llamaban Menipo el Corto debido al tamaño de su proa. Sin embargo, habiendo tenido motivos para dejarse caer de boca en la abstinencia, no hacía sino buscar las suaves colinas del placer. Y descubrió una tarea que nadie como él podía desarrollar con mejor prestancia: iniciar en el himeneo a las muchachitas. Tenía para ello la experiencia y la herramienta precisas. Así fue como desayunaba todas las mañanas una virgen a la que desfloraba sin dolores ni espantos, sino con el placer justo.

—Ahí tienes tú un caso muy interesante. Cualquiera otro se hubiera amargado por su destino, hubiera renegado del sexo bello y se hubiera dedicado a echarle a perder la diversión a los demás.

—¡El hombre es un ser egoísta! Es como aquel marido

¹ "Las Aves".

cuya méntula no se erguía y que, sin embargo, celaba horrorosamente a su mujer, y no la dejaba satisfacer sus necesidades fisiológicas con quien la pudiera zarandear.

—¿Y qué hizo?

—Ya sabéis —continuó Aristófanes— que cuando la mujer quiere, ni el mismo diablo puede impedirsele.

—Mi maestro Juliano¹ —intervine yo— dice:

*La engreída y la gazmoña
Al fin a partido dándose,
Acceden, una más pronto
Y otra lo mismo más tarde.*

—Sabio hombre tu maestro Juliano.

—Pero, continuad vuestra historia.

—Bueno —continuó el comediógrafo—. El marido, como todos los maridos que no pueden ni quieren, terminan siendo engañados como se lo merecen, porque bien sabéis que la estaca que no afirma la rama... no sé qué más.

—Terminad de rodeos. Ya parecéis un sofista.

—¡Insultos no! Pero está bien. Terminaré. La mujer se encontraba en tal estado de necesidad que ya no miraba a los hombres a la cara, sino que a donde sabéis. Llegó, un día, de visita su cuñado, único hombre que pudo franquear la puerta infranqueable de aquel celoso marido sin combustible. La mujer decidió que era aquella su única oportunidad, así que comenzó a realizar todas las coqueterías que las mujeres saben hacer para poner a un hombre como fiera en jaula. Luego de la cena, al cuñado no le quedaban dudas de las intenciones de aquella mujer y como no era fea y veía que su hermano no la cotizaba, pensó que no había crimen

¹ Juliano de Egipto, siglo VI d. C.

si le tranquilizaba la convulsionada grieta.

—Continuad, por favor.

—Como el marido tenía que salir temprano todas las mañanas a organizar a sus empleados en su industria, la mujer, no bien se hubo marchado él, corrió con pies descalzos a la cama de su cuñado que no había dormido de la pasión que lo consumía. Entró ella cuando ya la azulina luz del clareo penetraba por el ventanuco.

"Te he esperado toda la noche, florcita mía —le dijo él— Mira cómo me tiene tu tardanza.

"Y quitándose las frazadas de encima le mostró a la mujer la más prepotente hombría que pudiera imaginar. Ella sintió que el pecho se le incendiaba y creyó desmayar de la impresión. Años de privaciones la tenían ahora en un estado frenético, por lo que debió respirar hondo. Después de acariciar durante largo rato aquello que había creído perder para siempre, lo puso en el lugar de costumbre y no lo soltó hasta que le hubo extraído la última gota de esfuerzo.

"Cuando volvió el marido, la pareja, de tanto jinetear, se había dormido, así que el celoso los encontró a los dos, desnudos y abrazados en la cama. Loco de ira de haber sido engañado por su mujer y nada menos que con su propio hermano, Sin pensarlo siquiera tomó un enorme cuchillo y de un tajo le cortó la cabeza a su mujer y los genitales a su hermano, los que puso en la boca de la decapitada hembra.

—¿Que sucedió luego?

—El pueblo, cuando supo lo sucedido y sabedores de la circunstancia de la pobre, persiguieron al canalla marido por las calles hasta que lo atraparon. Unos querían colgarlo, pero alguien, creo que fue un filósofo, declaró que de nada servía matar al condenado sin haberle hecho sentir antes el peso de su crimen. Uno propuso convertirlo en eu-

nucu, pero como de hecho ya lo era, alguien le orinó la cara al estúpido que hiciera tal propuesta. Luego de múltiples disquisiciones, determinaron que, ya que no podía oficiar de hombre, bueno era que lo hiciera de mujer, proposición que aplaudieron unánimemente.

"Y así, el marido fue puesto boca abajo sobre una mesa en plena calle y todos los hombres del pueblo fueron a descargar sus ímpetus en el criminal. Esto duró varios días. El caso fue tan publicitado que de varios pueblos vecinos venían a presenciar la condena y algunos hasta participaban de ella.

—Un culo mojado como éste —dijo Timón, señalándome. Yo le hice un gesto despreciativo, cansado de sus insinuaciones absurdas.

—Supongo que el hombre murió. —dijo Diógenes.

—Nada de eso. Se convirtió en sátiro de las fiestas dionisiacas y comenzó a pasearse por el pueblo ofreciendo su culo al que quisiera. Pero como la gente no le perdonaba su crimen, le castigó ahora dejándolo devorarse por sus propios ardores, tan cual había hecho él con su mujer.

—¡A eso llamo yo justicia! —exclamó feliz Timón—. No como lo que vemos hoy día, donde los magistrados sacan libros y libros, los leen y releen hasta aprenderlos de memoria y terminan señalando los veredictos más estúpidos.

—En eso estoy de acuerdo. Los jueces de hoy no piensan; son declamadores de códigos. ¡Me cago en la ley!

—...y después de haber comido garbanzos...

—Eso. ¡Popoí, Popopopoí...!

Y los tres se tomaron de los brazos y comenzaron a danzar y a cantar la canción del poeta cómico, mientras Diógenes vociferaba que todos los jueces eran cornudos o maricones y que los códigos solo servían para despejar el culo de

las defecaciones.

En ese momento entró Erina acompañada de una vieja desdentada y con rostro de cínica, de vil mujerzuela en decadencia.

—Lo prometido es lo obligado —dijo Erina—. Aquí tenéis a Asdepías, la más importante comerciante de amores.

—¿Y esperáis que nos contentemos con esta vaca gorda y grasienta llena de verrugas y que seguramente tiene alimañas en la grieta?

—No habéis entendido —Dije a Diógenes—. Ella es la comerciante, no la comerciada.

—Y os traigo, venerables señores —intervino la cabrona—, seis de mis más frescas, delicadas y virginales flores.

—Si tenéis alguna virgen entre tus hembras —dijo Timón— yo soy Cloe la del lienzo amarillo que por ir a beber a la vertiente de Zeus fue condenada por Minerva a la castidad y le coció la vagina con un hilo indestructible.

—Difariais, amigo mío —le dijo Aristófanes.

—Me cago en tu amistad —le dijo Timón lanzando un escupo al suelo.

—No voy a mentiros, noble señor —continuó Asdepías—. Vírgenes no son, pero sólo las han cabalgado muchachos inexpertos que se incorporan al conocimiento de los goces.

—Déjate de zalamerías y peroratas, vieja inmunda, y que entren tus putillas para calificarlas nosotros mismos.

Así lo hizo la mujer y abriendo las puertas, dejó entrar una a una a las muchachas, mientras citaba sus nombres.

—Niobe... Themis... Silene... Aurora... Egina... y Circe.

—Bellas flores, no hay duda —exclamó Diógenes.

Las seis muchachas vestían suaves y vaporosas ropas. Sus cuerpos olían a flores frescas y sus cabelleras, abundan-

tes, habían sido trenzadas y amarradas sobre su cabeza a la usanza de las castas niñas de los templos, decorándolos con flores. Cada una de ellas traía una bandeja, ya fuera con vino, frutas, panecillos, manjares, etc. Dos esclavos arrojaron alfombras sobre el piso y colgaron tapices en las paredes, en los cuales se contaban historia de amor carnal. Las tres ilustres sombras comenzaron a aplaudir cuando las muchachas dejaron sus bandejas y tomando sus instrumentos musicales, comenzaron a cantar dulces canciones de amores cumplidos, frustrados y olvidados.

Yo estaba feliz de ver que mis convidados estaban contentos, lo que me prometía una buena velada y quién sabe si un memorable libro.

—El único problema será aquí elegir —dijo Timón—. Son todas tan hermosas y despiertas...

—Pero, ¿cuál es el problema? —le interpeló Aristófanes—. Las probamos todas una vez y después nos quedamos con dos cada uno, las que más nos plazcan...

—Pero, ¿y nuestro anfitrión Pornócrates?

—Ese es un culo mojado —insistió Timón.

—¡Ya basta! —le grité—. Como broma fue buena, pero ya comenzáis a fastidiarme. ¡Me cago en vuestras palabras! —le dije pagándole con su misma moneda.

—¡Bravo, hombre! —gritó Timón—. Comenzáis recién a agradarme. Pero no te dejaré ninguna putilla de estas que son un regalo de Dionisos.

—No me importa. Yo puedo gozarlas cuando quiera después que os vayáis.

—Yo os daré consuelo —me dijo Erina y me dio un sonoro beso en la boca.

—Bien, Pornócrates —me dijo Diógenes— Te estás ganando nuestra confianza. Pero no pienses que vas a sacar

de nosotros palabras que te sean útiles. No serán sino sólo invectivas contra esa especie execrable llamada hombre.

—Comparto esa opinión —secundó Timón.

—Entonces, ¡que bailen estas linduras y que se saquen las ropas! Quiero ver muslos, senos hermosos, nalgas robustas... Quiero oler una mujer por todas las partes santas.

—Estáis difariando, mi querido Aristófanes —le dijo Timón.

—Como poeta, estoy obligado a declamar alguna idiotez. Dejarme el vicio. Además, estas putillas necesitan algún aliento para que no crean que las detestamos como a la mierda.

—En ese caso, me uno a vos. ¡Que bailen las muchachas! ¡Que muevan sus traseros y nos muestren sus virtudes!

—¡Eso! —gritó Diógenes y poniéndose de pie corría entre las muchachas, arrancándoles prendas de sus ropas, mientras los demás reíamos por lo ridículo que se veía el filósofo entre aquellas ninfas voluptuosas.

Al cabo de un momento en que la música se hizo frenética varias de las muchachas estaban totalmente desnudas y nadie pudo negar sus bellezas. Su piel joven era suave, sus pechos turgentes y sus nalgas firmes correspondían a una mujer de quince o dieciséis años. Sus rostros pintarrajeados las hacían parecer mayores por lo que Timón, tan enemigo de toda humana expresión, tomó un jarro con fresca agua y con una tela comenzó a lavarles la cara.

—Las mujeres, para ser bellas, han de ser naturales. Solo los bárbaros utilizan la pintura y para la guerra.

—Hagamos que sea esta una guerra —dijo Diógenes.

—Ya lo es, amigo mío —gritó el dramaturgo—, la guerra del amor.

Y sin esperar más tomó a una de las muchachas y abra-

zándola la llevó hasta su asiento. Después se sacó su túnica y puso al descubierto su argumento.

—¿Creías que este anciano tenía poco o nada que ofrecer?

—En verdad sois privilegiado, señor mío —dijo la muchacha admirada de que aquel vejete tuviera tan buena herramienta.

—Y ya veréis cómo funciona. Ponedla en su lugar como corresponde.

Ayudada por otras dos compañeras la muchacha se posesionó del ofrecido miembro y por sus expresiones se pudo notar que lo disfrutaba y sin fingimiento.

—Es el momento, querido Aristófanes —le dijo Diógenes—, que recitéis un bello poema.

—¡Un epitafio! —gritó Timón—. Alguien o algo va a morir aquí.

—Nada de eso —dijo Aristófanes entre resoplido—. Creo que puedo recitaros un trozo de Teócrito¹:

*Por favor tan insigne doy ahora
las gracias a Ciprina, y a ti luego
¡mujer encantadora!
que me libraste del ardiente fuego,
y medio consumido por las flamas,
a tu lado me llamas.
¡Ay! La antorcha del amor conflagraciones
produce más terribles e instantáneas
que del fiero Vulcano los tizones
de Lipari en las fraguas subterráneas.*

¹ Fallecido en 360 a. C.

—Vaya si te ha inspirado la muchacha —dijo Timón—
Cuando yo hago el amor me inspiro con los epitafios.

—¿Como el que habéis traído bajo el brazo? —pregunté.

—Has de saber, mortal, que una de las cosas más difícil de hacer es un epitafio, pues su justicia debe ser precisa. Cuando escribís sobre alguien vivo podéis alabarlo sin medida o difamarlo sin control. Pero cuando un hombre ha muerto no podéis alabarlo sino con hipocresía ni difamarlo pues sería cobardía. En ese caso, solo os queda ser justo. Sólo en los epitafios los poetas pueden ser justos. Y cuando hago el amor siento que muero de placer y por eso hago epitafios. Cada cópula es una muerte y una resurrección. Por eso también, los epitafios deben ser de recuerdo, pues deben mantener vivo lo que está irremediabilmente muerto.

—Interesante opinión —dijo Diógenes— Sería oportuno que hicierais mi epitafio. ¿Qué diríais? ¿Que fui un maldito cínico o que fui un gran filósofo?

—Diría:

*Quiere la naturaleza que nadie sobreviva
ni siquiera los más inteligentes
De la copa del destino bebemos todos
y su beso es de muerte.
Diógenes el cínico yace aquí sepultado
Pero su espíritu vaga en los burdeles.*

—¡Bravo! ¡Hermosísimo!

—Como el placer que estoy sintiendo —dijo Aristófanes—. Os juro que esta muchacha sabe exprimirle a uno la méntula. ¡Adiós, corazoncito! Dame un beso

La muchacha pegó su boca a la del viejo poeta y éste lan-

zó algunos ruidos tan extravagantes como él mismo y quedó tieso y desplomado.

—El primer caído en el frente —dijo Diógenes—. Vaya para vos este epitafio de mi parte:

*Aristófanes el poeta y comediante
viejo libidinoso
Se ha puesto encima una estudiante
de lo voluptuoso.
Murió en batalla,
perdió la fuerza,
la tumba canalla,
es su recompensa.*

—¡Genial! Rimáis con la facilidad con que cagáis.

—Que cuando estoy con diarrea. Debes saber que los poetas son, ante todo, grandes defecadores. Antes de escribir un poema han de evacuar en el baño y sólo una vez desocupada la tripa puede el cerebro elevarse a la poesía.

—Es decir, que la mierda y la poesía tienen reciprocidad.

—Más que eso. Se son indispensable una a la otra. Si no, recordad a Homero, a quién el defecar le inspiró la Iliada y la Odisea.

—¿Cómo fue eso?

—Como el pobre era ciego creyó que estaba en el baño y descargó la tripa en un nido de hormigas, las que se le subieron por las piernas y le picaron todo el cuerpo. Entonces el poeta pensó: "Estas hormigas son como el ejército de Aquiles". Y este pensamiento le inspiró para escribir el poema. Cuando una de las hormigas le mordió con gran fuerza el ano exclamó: "Pobre París. Grecia te llorará". No dudéis de lo que os digo, pues es tan histórico como lo que escribió

el mismísimo Homero.

—En gran valor he de tenerlo. Pero debemos preocuparnos de nuestro poeta aquí presente.

—No tenéis para qué —dijo el propio Aristófanes que ya cabalgaba la segunda muchacha.

—¡Esa sí que es resurrección! —gritó Diógenes. —Levantar un muerto no es tan difícil como levantársela a uno que se le ha muerto.

—Eso yo podría discutirlo —dijo Erina y Asdepías le secundó—. No hay moribundo miembro que no logre yo poner a la altura de Zeus.

—No debemos preocuparnos entonces de lo que pase —dijo Timón—. Es momento de dejar las palabras y entrar a la acción. ¡Venid, vírgenes vestales! ¡Venid doncellas de ayer y jugad con este pedazo hirviente de amor!

Y se enfrascaron todos en una orgía que sería imposible de describir pues no se han inventado las palabras que puedan nombrar aquellas variaciones. Yo no participé pues quería tener mis cinco sentidos puestos en lo que sucediera y poder así tomar nota de todo ello como lo he hecho.

Una vez terminada la orgía, se inició la parte más trascendente de esta inmortal narración.

LIBRO SEGUNDO

Una vez que hubo pasado la batahola y ya cansados de agitación, los tres invitados se arrojaron sobre unos cojines y roncaron media hora a toda garganta. Mientras tanto y para no perder el tiempo, busqué a una de las muchachas y le descargué mis deseos acumulados ante la visión de tan fantástica orgía. Aquellas hembrillas tenían una sed insaciable de amor y no pude sino pensar que en algún aspecto era conveniente la abstinencia, especialmente cuando corría el riesgo de perder la médula.

Diógenes fue el primero en despertar y se puso a comer fruta y a eructar que era un gusto.

—Los gases son las tormentas del estómago —dijo— y el trueno es el eructo. No hay duda de que el hombre es un universo.

—Creo que somos más que un eructo —dije.

—¿Así lo crees? —dijo luego de lanzar otro gas—. Mira a estas putillas. ¿Qué les ves de especial? No son mejores ni peores que cualquier otra. La diferencia, amigo mío, es que están aquí y las otras no. La vida es algo parecido. Todos encuentran que la vida del otro es mejor que la de uno porque la del otro la tenemos frente nuestro, mientras la nuestra, por tenerla encima, no la vemos. Absurdo. Pero es la ver-

dad.

—¿Por qué renunciasteis a todo?

—Yo no he renunciado jamás a nada que deseara. Según los imbéciles, como yo no tenía casa ni bacinilla, no era un ser normal. Vivir en un tonel en un basural es para todos un hecho terrible. Para mí no había nada más alegre ni más tranquilo. Nadie me visitaba allí. Vivía en paz, molestado solo por las moscas.

—Pero te visitó el gran Alejandro.

—Si. Pero no era tan grande, aunque hacía mucha sombra. Ese muchacho no entendió nada de nada. Se dedicó a acaparar territorios que nunca dominaría y los demás terminaron gozando de su trabajo. En cambio, yo sólo tomé lo que quería y que los demás busquen lo propio.

—Tu filosofía, Diógenes, es simple...

—No es filosofía, amigo mío. No como tú la entiendes. La humanidad perdió el camino con Sócrates¹. Viejo cochino, hipócrita y parásito, que inventó el "sentido moral" y nos cagó a todos. Cuando la filosofía se desarrollaba en el terreno de lo posible, el pensar era un arte y una ciencia. Con la metafísica, pensar es una mierda.

—¡Me cago en la metafísica! —gritó Timón que venía despertándose.

—Me cago en Sócrates —dijo Aristófanes sobándose la calva cabeza—. ¿Dónde hay más vino?

Una de las muchachas le sirvió una copa. El comediógrafo la atrajo hacia sí y la acariciaba mientras bebía.

—Espero que estéis satisfechos —dije.

—No voy a negar que ha sido placentero. Pero tenemos

¹ Aristófanes, especialmente, fue un gran crítico de los sofistas y de Sócrates, del cual fue contemporáneo y de quien se burla en su obra "Las Nubes".

mucha hambre y ganas de platicar un poco.

—Mis muchachas tienen lengua activa —intervino Asdepías—. Conocen muchas historias de las cuales han sido protagonistas.

—Pues en ese caso —dijo Diógenes—, que cada una de ellas cuente una de sus aventuras y nosotros le daremos nuestra opinión. Y la que resulte más interesante recibirá un premio.

—¿Premio? ¿De qué se trataría? —preguntó la cabrona interesada.

—¡Un beso en el culo! —dijo Timón—. A la muchacha más bella y a la más ingeniosa le daré la virtud de no conocer la fatiga.

—Esa sí es virtud —exclamó Aristófanes—. No como la de los llorones comedores de mocos. Llamen virtud el pasársela autocastigándose y privándose de los placeres. Eso no es virtud: es absoluta idiotez.

—¡Es un vicio! —gritó Timón—. Cuando veo un hombre virtuoso le escupo la cara. No son sino hipócritas y quieren que todos lo seamos. ¡No señor! Yo soy Timón, el infierno hecho carne.

—Los virtuosos quieren ganarse el cielo, por eso son unos divinos lameculos.

—La virtud está en directa relación con nuestra capacidad para realizar cosas —dijo Aristófanes— y no con la de dejar de hacerlas. ¿Qué valor puede tener no hacer una cosa? Más difícil es hacerla y continuar viviendo. No sólo son hipócritas los virtuosos, sino también cobardes.

—Están más locos que yo, y eso es bastante —dijo Timón.

—Eso nadie te lo discute —asintió Diógenes.

—Pero que comiencen las historias —exclamó Aristófa-

nes.

—Mi pequeña Niobe será la primera —dijo la cabrona.

Niobe era la más morena. Tenía la piel de un ligero color bronce y el cabello de similar tinte, lo que la hacía parecer la estatua de Venus, sino la mismísima diosa. Sus ojos grises y sus blancos dientes le iluminaban el rostro y sus pequeños y tersos senos, así como sus ondulantes caderas, daban al conjunto el valor de una obra de arte.

—Por vuestro aspecto, querida Niobe —dijo el dramaturgo—, vuestros padres sin duda fueron artistas de la carne.

—No fue así, dueño mío. Pues mi historia se refiere precisamente a mis padres.

—Siempre y cuando a los que llamasteis padres lo hayan sido realmente.

—De mi madre estoy segura —dijo ella—. Pero del padre, ¿quién lo está?

—Ni los dioses, amiga mía. Ni los dioses.

—Pero narrad vuestra aventura. Vuestra sola presencia merece un premio y vuestra manera de cabalgar otro. Veamos si con la lengua lo hacéis tan bien como con las piernas.

—No os equivoquéis, Timón —dijo Diógenes— Los hombres cometen el error de creer que las mujeres no tiene que ofrecer más que el bajo vientre. Pues debes saber que la única manera de conquistar la felicidad en la vida es logrando equilibrio entre la mente, el espíritu y el cuerpo. La razón, el instinto y el deseo: cuando los tres trabajan juntos no podéis temerle a la vida.

—Sabias palabras —dijo Aristófanes—. Por eso se inventó el matrimonio monógamo, para que los hombres pudieran encontrar la felicidad en la soledad de sí mismos y

no en los demás.

—Lo mejor es el amor mercenario —dijo Timón—. Sin compromisos y sin hipocresías. Yo te quiero cabalgar y tú quieres mi dinero. Si nos ponemos de acuerdo, ambos cabalgamos con gusto y uno paga con agrado.

—Y ¿dónde está la razón y el instinto? Solo habláis de deseos.

—¿Y qué más? ¿No es todo una sola cosa?

—No, querido Timón —explícale Diógenes—. El deseo está en la carne y es solo un sentimiento vago, hasta que despierta el instinto y lo madura. Entonces debe uno tomarlo con la razón y aprovechar cada uno de sus exquisitos placeres conscientemente. No es sólo hacer la del caballo con la yegua o la del cerdo con la cerda. Es la del hombre con la mujer. Allí radica la principal diferencia. A los animales los impulsa la naturaleza sin que ellos tengan real consciencia. Nosotros sí la tenemos y debemos aprovecharnos de ella. Pues si no ¿qué diferencia habría que montarais una cabra o una burra?

—Retiro lo dicho. Tenéis toda la razón. Pero dejemos que nuestra bella Niobe nos deleite con su aventura.

Todos guardaron silencio y esperaron que la muchacha comenzara su narración. Esta caminó ondeando su voluptuoso cuerpo y se sentó con femenina delicadeza en un cojín. Se echó el pelo hacia atrás y luego de beber un sorbo de vino para aclarar la garganta, dijo:

El Relato de Niobe

—Nací en una familia humilde donde el comer todos los días era tan extraño como un etíope rubio. Aunque algunos

de mis parientes se habían convertido al cristianismo, mi familia continuó ligada a las tradiciones ancestrales. A medida que fui creciendo comencé a darme cuenta de mis atractivos. Muchos jóvenes del lugar habían solicitado mi posesión a mi padre, pero éste siempre decía que yo estaba destinada a alguno de mayor nivel. Lo importante para él era la bolsa más que el nivel, pero eso lo vine a saber más tarde, cuando ya no había caso. Supe también otras cosas que os harán bufar de ira.

"Por ese entonces contaba yo catorce años y llegó al pueblo un joven que había sido mandado a estudiar con un maestro escultor a nuestro pueblo. Su nombre era Clodio, tenía dos años más que yo, apenas le asomaba la barba y todo él era Adonis en su mejor momento. El cabello ensortijado, los ojos tristes y el cuerpo de un bellissimo muchacho. Como comprenderéis, me enamoré perdidamente y a partir de ese momento todo mi amor y mi vida giraban en torno al pensamiento de mi Clodio amado.

"Apareció un día en mi casa pues venía a consultarle algo a mi padre. Al abrir la puerta y encontrarme con él de golpe y porrazo, casi me desmayé. Pude notar que mi presencia no le fue indiferente, pues se turbó y no supo que decir. Luego de un instante mencionó el nombre de mi padre entre un gallo que le sonó muy divertido. Como mi padre no estaba, pero llegaría pronto, le hice pasar a la casa y le ofrecí un refresco, que él aceptó. Cuando le pasé el vaso, él tomó mi mano inadvertidamente. La retiró presto, pero nos quedamos mirando y eso fue suficiente para darnos cuenta mutuamente que nos amábamos. Entonces dejó caer la copa y nos abrazamos y nos besamos y nos acariciamos a más no poder. Nos habíamos encendido ferozmente cuando sentimos que llegaba mi padre, por lo que tuvimos que

tranquilizarnos.

"Luego que Clodio habló de sus asuntos, tuvo que marcharse, pero yo me las ingenié para salir de la casa y avisarle que esa noche le esperaba junto a la puerta de servicio. Prometió que vendría y se marchó.

"Mi corazón saltaba de contento y no podía ser menos, pues había encontrado por fin el amor y estaba dispuesta esa misma noche a entregarme a aquel bello muchacho y donarle mi virginidad. Y casi lo logramos. Cuando volví a entrar a casa mi padre me esperaba con una noticia desgraciada.

"—Dentro de cinco días vendrá por ti Leandro de Siracusa, un noble caballero que ha decidido desposarse contigo.

"—Padre —dije— si tú me amas, dame un contento.

"—Cuál, hija mía.

"—Déjame elegir al que será mi dueño por toda la vida.

"—Vosotras las mujeres no sabéis elegir —dijo—. Seguramente preferirías a un insípido muchachito pobre como una rata, pero hermoso. Leandro no es joven ni bien parecido, pero tiene fortuna.

"—Si supieras lo poco que me interesa la fortuna.

"—Pero ingrata ¿sólo piensas en ti? ¿Y yo qué? ¿No tengo derecho a recibir algo?

"—¿Algo? —pregunte extrañada. Entonces caí en cuenta. No llevaría yo la dote, sino que el miserable me había vendido no como esposa, sino como esclava a algún depravado y gordo partido.

"Juré que esa misma noche me fugaría con Clodio, pero precavido mi padre de esa posibilidad, me encerró en la pieza y me fue imposible ir al encuentro de mi amado. Éste, creyendo que yo no le amaba, se sintió tan triste y desilu-

sionado que se marchó esa misma noche del pueblo.

Al quinto día apareció Leandro que, tal como lo imaginaba, era gordo como un cerdo y su labio inferior desarrollado señalaba su inclinación a la depravación. Estaba ya bastante calvo y su aspecto entero era repugnante. Esa misma noche, después de observarme y despertarse en él los más asquerosos deseos, me embarcó a Siracusa. Él se quedó unos días más en mi pueblo para cumplir con ciertos negocios. Cuando llegó a su ciudad, yo estaba instalada en una linda habitación, espaciosa, aireada y luminosa, pero con barrotes en las ventanas y candado en la puerta. Pero sabía que esa era solo la primera parte de mi experiencia, pues una vez que se aburriera de mí, me mandaría con las demás esclavas a comer basura y a servir de diversión para los peones.

"Cuando llegó, se fue derecho a verme. Hizo llevar vino y comida y cerró la puerta. Estuvo comiendo y bebiendo mientras me preguntaba naderías que yo contestaba con altanería. Por último, me ordenó que me sacara mis ropas. Entonces le escupí en la cara. Medio ebrio ya soltó una carcajada y comenzó a perseguirme, pero se cansó de tanto correr y llamó a sus esclavos. Entonces supe que estaba perdida. Dos fortachones irrumpieron en la sala y a una voz del amo me atraparon. Mordí, piqué, rasguñé, escupí, hice todo lo que se hace en esas circunstancias, pero fue inútil. De un manotazo me sacaron las ropas y me tomaron como a un cordero para destazarlo, es decir, uno de una mano y una pierna y el otro igual. Así que me colocaron frente a Leandro mostrándole mi virginal tesoro. Este arrojó lejos la copa de la que bebía y se arrojó de bruces a besarme mi tan defendido templo. Estuvo solazándose un buen rato en esas latitudes, para después babosearme los senos con su

asquerosa boca. Trato de besarme en la mía, pero le escupí la cara.

"Entonces se levantó su túnica y saco un enorme miembro que nunca me imaginé pudiera existir. Pensé que con aquello me iba a morir, pues una cosa es perder la virginidad y otra el perder toda esperanza. Con esa méntula iba a perder hasta la memoria. Pero algo pasó y de pronto se le desmoronó como si fuera de trapo y a pesar de sus esfuerzos, no levantó cabeza. Debíó ser el vino que bebía en tal cantidad que le neutralizaba su furor erótico. Hizo que me soltaran y me vestí. Leandro y sus esclavos salieron de mi habitación y me dejaron sola, pero encerrada.

"Estaba muy contenta por lo sucedido, ya que me había salvado de una grande... Bien grande. Pasaron los días y Leandro no aparecía. Todas las noches me horrorizaba de pensar que podía aparecer esta vez sin frustraciones y acometerme con la violencia que, al parecer, le era habitual. Luego de una semana, me hizo llevar a su presencia. Yo había perdido toda esperanza de libertad y de alegría, por lo que pensé que lo mejor era resignarme y satisfacer al inmundito cerdo, hacerle feliz y ganarme su confianza. Pero no me llamaba para gozarme, sino para hacerme partícipe de su depravación. Cuando estuve junto a él hizo traer a un joven esclavo y después de darle de beber buen vino durante un rato y de amenizar todo con música, lo hizo sujetar por sus fornidos esclavos y levantándole la túnica, le atacó por donde no corresponde, esta vez sin frustración. Entonces me di cuenta de que, en su depravación, las mujeres no le eran atractivas ya, sino los muchachos.

"Luego de ver esa bárbara inmundicia salí de allí a vomitar sin que nadie me vigilara. Cuál no sería mi sorpresa al ver que mi vómito casi caía sobre una persona que pasaba

por la calle, y mayor fue cuando me percaté que era mi Clodio bien amado. Le llamé, nos abrazamos y nos besamos. Entonces le conté todo lo sucedido. Me dijo que mi padre, lejos de ser pobre, era riquísimo, pero el hombre más avaro sobre la tierra. Algo que nunca yo me habría imaginado era que tuviera oro para tejerle un manto a la estatua de Minerva. Y así era, pero lo acumulaba sin jamás gastar un grano. Y todo se supo pues le entraron a robar y le sacaron toda su fortuna,

"No me entristeció la noticia de la pérdida de mi padre. Como mi madre ya había muerto, no tenía a nadie. Después que nos hubimos sincerados decidimos planear nuestra huida del lugar, a pesar de los riesgos. Pero quiso la mala fortuna que uno de los esclavos de Leandro nos viera y contara todo a su amo, el que preparó las cosas a su manera. Cuando a la noche siguiente entró Clodio subrepticamente a buscarme, los esclavos lo atraparon y lo llevaron donde Leandro, quién me llamó a su presencia. Sin saber de qué se trataba, acudí. Tenían a mi amado sobre un caballete, de bruces, con las manos atadas a un poste. Sus pies colgaban y estaba totalmente desnudo. Entonces, horrorizada, supe cuál era su futuro inmediato. Me arrojé al suelo, rogué, ofrecí todo, pero Leandro, excitado sobremanera ante la belleza de mi Clodio no transó y, como lo hiciera con el anterior muchacho, entró por la vía angosta. Yo caí al suelo desmayada.

"Cuando desperté estaba en una pocilga mugrienta, durmiendo sobre trapos. El recuerdo de lo sucedido me hizo llorar. De pronto entraron los esclavos quienes me avisaron que mi amado, no pudiendo soportar la vergüenza, se había clavado un puñal. Fue para mí como un mazazo. No supe que sucedía, si realmente sucedía algo... Los dos

hombrazos entraron, me desvistieron y se solazaron conmigo una y otra vez hasta hartarse. Yo nada sentía. La vida para mí había terminado y podían hacer lo que quisieran conmigo. Ya no existía.

"Al cabo de un mes en que permanecía encerrada en esa pútrida habitación y donde a cada momento llegaban los esclavos a gozarme, recuperé mis energías. Entonces se me metió la idea de vengarme. Y para ello utilizaría a mis dos amantes los que, a pesar de todo, habían sido buenos conmigo, pues me alimentaban y cuidaban, y hasta demostraban alguna ternura de vez en cuando.

"Poco a poco fui ganándome su confianza hasta que estuvieron comiendo de mi mano. Entonces les conté mi gran plan. Debíamos deshacernos del viejo adiposo y huir con sus riquezas. Primero los hombres se asustaron, pero cuando les fui madurando la idea en la cabeza, terminaron por aceptarla.

"Una noche en que el hombre había bebido lo suficiente, entré yo a la sala y me desnudé ante él.

"—Que quieres aquí, perra inmundada.

"—Tú me compraste para gozarme y es lo que vas a hacer —le dije y me le acerqué de modo excitante.

"Intentó alejarme de un manotazo, pero los esclavos lo sujetaron. Entonces comenzó a gritar y a amenazar, pero nadie le hizo caso. Por último le saqué la túnica y tomando su gran bastón comencé a frotarlo, pero no reaccionó.

"—Este maricón —dije— ya no tiene gusto por las mujeres. Que pruebe con un hombre.

"Dicho esto los esclavos lo amarraron igual que a mi Clodio y le hicieron sufrir igual penitencia.

"—Ahora sabéis lo que se siente, viejo repugnante. —dije— Ahora sabrás como me siento yo.

"Y diciendo esto, como su fuera un cordero, le clavé una daga en la nuca. Inmediatamente los esclavos corrieron a tomar todo lo que había de valor y a echarlo en sacos. Cuando estaban en esa tarea, les dije que sería interesante que hiciéramos el amor en la habitación elegante de Leandro. Asustados, los hombres sólo querían correr, pero los convencí. Entramos y les serví un vino. Bebieron y comenzaron a acariciarme. De pronto ambos se pusieron pálidos, comenzaron a dar saltitos y cayeron redondos al suelo. El veneno que puse en las copas había surtido efecto.

"Cogí algunas cosas de oro y salí de la casa cuando ya era de noche. Compré un caballo y después arrendé un barco que me trajo de vuelta a Grecia. Estuve viviendo un tiempo de lo que logré sacarle al borrico de Leandro, pero pronto se terminó y quedé sola y pobre. Entonces apareció Asdepías y me ofreció este trabajo. Y no voy a quejarme, pues lo paso muy bien, tengo buenas amigas y ya no tengo nada que temer de los hombres. Solo que tampoco creo ya en el amor.

"Esa es mi historia".

En ese momento Diógenes lanzó un prolongado eructo.

—Si hay algo asqueroso en esta vida —dijo— eso es un avaro.

—Así es —dije yo—. Polieno¹ decía:

*¿Me quieres explicar en lo que gozas
con tanto poseer? ¿Qué es de tu oro?
Es la usura, lo sé, tu afán constante
Y tú no gozas por que gocen otros.*

—Yo no diría que es sólo asqueroso —dijo Timón— sino

¹ Hacia el 120 d. C.

también idiota. Si tuviera algo de sesos no haría sino aprovechar en vez de acumular.

—Así es, —proseguí— como lo dice Paladas de Alejandría¹:

*Tu arca encierra un tesoro,
y encierra tu triste cuerpo
el alma que es de un mendigo.
Licidor, te compadezco,
pero a vosotros, en cambio
os felicito, herederos.*

Y otro del mismo autor dice:

*Aumentar nada más son tus anhelos
sin límites poner a tu apetito;
o goza tus riquezas o procura
prolongar de tu vida el fin preciso.*

—El tema del avaro —interrumpió Diógenes—, es recurrente en la historia. Hasta este momento nadie ha podido dar una razón precisa de por qué un hombre se pone así. Como el padre de esta muchacha, llegan a vender a su propia descendencia para engordar el arca. Y, ¿a quién la vendió? Al peor cerdo que le ofreció algunas monedas de oro tintineantes. ¡Oh! Oro vil y asesino. ¿Qué te han hecho los hombres para que tú les hagas tanto daño?

—Y es tanta la locura del avaro —dijo Erina— que el poeta Lucilio² retrató en versos al famoso Clitofón, que soñó que daba un banquete que le costaba una fortuna y

¹ Hacia 370 d. C.

² Nació el 148 a. C.

cuando despertó, desesperado, se ahorcó.

—Sin embargo, no debemos olvidar que la gran culpa de todo la tiene la belleza de las mujeres. Si fuerais feas y desgarbadas, si tuvieras los ojos llenos de legañas, sembrado de piojos el cabello y escorias tras las orejas, si vuestra nariz secretara jugos viscosos y vuestra vagina fuera pestilente y habitáculo de las más horribles alimañas, entonces nadie os desearía.

—Ni yo misma, mi dueño —dijo Niobe—. En ese caso, preferiría estar muerta ya que lo que habéis descrito, dueño mío, es un cadáver de mujer y no la mujer misma —las palabras de Niobe sonaron como música.

—Sois, además de fogosa y parlanchina, bastante inteligente para ser hembra, lo que si bien no constituye un crimen, resulta a veces de mal gusto —dijo Timón—. Pero me habéis dado respuesta certera.

—Dime, señor —continuó la muchacha—, ¿Por qué los dioses hacen a algunas bellas y a otras feas? Pues solo para que sepáis apreciar a las una y despreciar a las otras.

—Eso no es tan cierto —dijo Aristófanes— pues los hombres aman a las bellas, pero se casan con las feas.

—Sino pregúntale al hipócrita de Sócrates— dijo Timón.

—Lo que yo quisiera comprender —dije temiendo recibir alguna fruta por mi cabeza debido a mi interrupción— que es lo que lleva a un hombre a la depravación, como a Leandro.

—La fortuna y el ocio —dijo Diógenes—. Cuando ambos van juntos, solo genera vicio. La riqueza debe ir acompañada del trabajo, del esfuerzo y la constancia.

—Por eso vos preferisteis ser pobre —le espetó Timón.

—No lo negaré. Pero debo agregar que yo no rechacé la

fortuna por no trabajar, sino que rechazé el trabajo para no amasar fortuna.

—Parecéis un cochino sofista —le dijo Aristófanes—. Estoy de acuerdo contigo en que la fortuna y el ocio son la causa principal del vicio, o mejor dicho, su terreno de cultivo. Pero el vicio es una cuestión inherente a las personas. El vicioso lo es rico o pobre, pues no es esa una condición externa, sino de carácter, por lo tanto, la riqueza y el ocio le dan los medios y el tiempo para realizar sus bellaquerías.

—¡Brillante! Sois un gran psicólogo.

—Y vos un caga frutas.

—Gracias.

—Pero —dije—, ¿qué pensáis respecto de lo que Niobe hizo? ¿No es también un crimen?

—De ninguna manera —dijo Aristófanes—. No hizo sino cumplir con una justicia no escrita que nadie iba a cumplir por ella. Solo su padre quedó sin castigo...

—Os equivocáis. Le robaron el arca, que es lo mismo que le hubiera robado el alma.

—El pobrecito enloqueció —dijo Niobe.

—Pero estando loco —continuó Aristófanes— no puede reconocer su culpa pues entonces no hay castigo. El castigo tiene como fin demostrar al hombre que ha hecho algo incorrecto. ¿Cómo hacer eso con un loco?

—Estáis soberbio esta noche —le siguió molestando Timón.

—Me cago en vos.

—Gracias.

—Ante todo —dijo Diógenes a Niobe—, el que Leandro haya recibido de su propia medicina fue una treta genial. Os felicito por ello.

—Gracias.

—Y el haberlo matado como un cordero tiene un toque de elegancia no despreciable.

—Lo secundo —dijo Timón—. Aunque yo lo hubiera reventado como a un sapo.

—Solo que Niobe no calza lo mismo que vos, bodoque.

—Gracias.

—También creo que fue genial el haber envenenado a los dos esclavos, por esclavos y por cochinos.

—El solo hecho de penetrar el culo seboso de Leandro —dijo Timón— es merecedor de la pena de muerte. Habéis hecho lo justo. Tenéis mi bendición —Y diciendo esto sacó su méntula y la agitó en el aire.

—Sacudid la tripa en tu cara, cochino, que me ensuciáis el vino —reclamó Aristófanes.

—Queda un asunto más —dije temeroso—. Se trata de determinar si la ayuda de Asdepias es justa, interesada, bondadosa...

—Esta puta vieja no hace nada gratis por nadie —dijo Timón y se tiró un eructo frente a la mujerzuela.

—De todas formas —interrumpió Aristófanes— creo que Niobe debe estar agradecida, ya que, de no ser por ella, tendría que haber hecho el oficio como independiente y ya sabéis la fama que adquieren las putas solas. Un burdel da cierta categoría.

—Pero Asdepias no lo hizo por ayudarla, sino por ayudarse a sí misma pues Niobe es un apetitoso pedazo de carne para cualquier viril individuo.

—Pero Diógenes —dijo Timón— ¿quién en este mundo hace algo por caridad? Creí que eso lo habíais averiguado vos mismo.

—Correcto.

—Eso significa —dijo el comediógrafo—, que Asdepias

es una gran mujer pues ayudó a la desamparada Niobe cuando lo necesitaba, pero una cabrona de mierda pues lo hizo para servirse de ella. Señora, sois una ramera gentil: no puedo decir más.

—¿Creéis que Niobe merezca el premio?

—No os apuréis. Faltan aún cinco muchachas que cuenten sus historias y creo que es momento que nos entreguen la siguiente.

—Yo opino lo mismo —dijo Timón.

—Me cago en tu opinión —le espetó Diógenes

—Gracias.

LIBRO TERCERO

Le correspondió narrar su aventura a Themis. Contrariamente a Niobe, esta muchacha tenía la piel blanca y tersa, los labios rojos, los ojos verde Egeo y el pelo negro como ala de cuervo. Sus carnes eran suaves y blandas, aunque no adiposas y su boca deliciosa tenía el arco notable con que representan siempre a la divina Minerva. Caminó desnuda hasta el centro del grupo y se sentó en el cojín con la delicadeza de una gota de rocío que se desliza sobre la hoja de un acanto.

El Relato de Themis

—Mi historia —dijo con una voz levemente enronquecida que aumentaba la voluptuosidad de su aspecto— es muy distinta a la de mi amiga Niobe. Yo logré casarme con el muchacho que amaba y con la bendición de mis padres. Nuestro matrimonio fue un evento considerable puesto que él era un prominente comerciante y yo hija de un hombre notable.

"La noche de bodas fue un acontecimiento digno del bronce pues, aunque os parezca extraño, yo estaba aún virgen y mi amado Nicias con poca práctica. Pero como el amor no requiere de tratados ni estudios avanzados, pues

aparece en la piel como los granos de la viruela y le dominan a una, fue sencillo entregarnos a los placeres conyugales. Nunca creí que el perder la virginidad fuera un tan grande deleite. Me habían atemorizado con noticias de sangre y dolor, pero en mi caso el sentir aquel tironcito que indica que las puertas se han abierto de par en par, así como la sensación de aquella visita encendida que, como un tímido forastero, entra y sale hasta tomar confianza y escupirla a uno, fue algo digno de mencionarse.

"Pasaron los días y con Nicias no hacíamos otra cosa que copular hasta sudar litros. El solo verlo desnudo me excitaba terriblemente y cuando después de besarme y acariciarme me montaba como un jinete a su yegua, yo me sentía en el éxtasis.

"Pero aquello fue disminuyendo por parte de mi amado Nicias, quién poco a poco comenzó a abandonar el lecho cada día con mayor frecuencia. Pensé naturalmente que el pobre tenía que recuperar fuerzas y no puse mayor atención en su habitual salida de paseo. Además, en un tiempo más debía hacerse cargo de los negocios de su padre, ya bastante anciano.

"Comencé a utilizar mis días en poner orden en la casa que era grande y dada nuestra dedicación exclusiva al placer había abandonado toda responsabilidad al respecto. Los problemas domésticos comenzaron a ocupar mi atención casi por completo y tuve que reconocer que regir una casa era tan difícil como calzar una culebra. Eran tanto los problemas de robos, destrucción, desorden e indisciplinas que opté por tomar la vara y dar de golpes a los esclavos insurrectos. Y con el tiempo fui adquiriendo ese hábito; en cuanto algo me molestaba, tomaba al primer esclavo que encontraba y lo molía a golpes.

"Había olvidado casi por completo nuestras relaciones con Nicias y él mismo había perdido prácticamente todo el interés. Por una parte, él llegaba cansado del trabajo en el mercado y yo, cansada de golpear imbéciles. De noche, solo queríamos dormir.

"Sin embargo, en varias ocasiones intenté interesarlo en recordar algún poquito nuestras pasadas prácticas, pero siempre él me esquivaba, con ternura, pero me esquivaba. El hecho me dejó casi indiferente y no le di mayor importancia.

"Una tarde tuve que salir a cumplir con una obligación familiar y Nicias quedose solo en casa. Durante varios minutos caminé por las calles en dirección a mi destino, cuando de pronto recordé que tenía que llevar un encargo sin importancia, pero decidí que, como iba adelantada, bien podía regresar por él. Y así lo hice. Lo primero que encontré fue a Nicias montando rabiosamente sobre una joven esclava, la que gritaba de contento. Me hirvió de ira la sangre, pero logré controlarme. Pensaba en cometer un asesinato, pues me enfurecía el ver que mi esposo daba a una vil esclava los goces que, a mí, su mujer, le negaba. Pero a pesar de mi furor y de mis negros deseos, predominó la razón. Tomé el encargo y me fui a cumplir mi compromiso como si nada hubiera sucedido. Nicias no me había visto, por lo que bien podía hacerme la tonta y esperar mi acto de venganza.

"Pasaron los días y de alguna manera me las ingeniaba para salir de vez en cuando dejando solo a Nicias. Pero regresaba yo e invariablemente le encontraba con alguna de las esclavas. Decidí que si a él le gustaba jugar de ese modo, en pleno derecho me encontraba yo de hacerlo también. Llamé un día a Ciro, un esclavo nubio que me

habían obsequiado, y le conté lo que sucedía, le expliqué lo que pensaba hacer y cuál sería su participación. Primero él se negó por temor a ser castigado por Nicias, pero le dije que no podía castigarlo pues no era su esclavo, sino mío y, además, si no hacía lo que le decía, yo lo desollaría vivo.

"Preparamos todo para el día siguiente y después que hube anunciado mi partida a una visita, en vez de salir, me oculté en la pieza contigua a la que Nicias utilizaba para sus adulterios. Por un orificio estratégicamente dispuesto podía observar yo todo lo que sucedía al lado. Una de las jóvenes esclavas de Nicias, muy hermosa, no voy a negarlo, entró al cuarto, se desnudó y se colocó sobre el lecho. Nicias se le arrojó encima y comenzó a besarla y lamerla por todas partes, cosa que nunca me había hecho a mí. Estuvieron acariciándose y sobándose durante algún rato hasta que iniciaron la copulación. En ese momento dejé mi observatorio y me acerqué a Ciro que me esperaba sentado en el lecho con las manos en la falda. Me desvestí lentamente frente a sus ojos que brillaban. El pobre comenzó a babear y sus músculos se tensaron. Me excitó ver aquel cuerpo nervudo, surcado de venas. Sus anchas narices se aplastaron más aun y comenzó a respirar entrecortado. Cuando hube retirado la última prenda de mi cuerpo me paré frente a él y abrí mis brazos. Entonces él se puso de pie y se arrancó el taparrabo que llevaba dejando al descubierto un enorme y succulento bastón. Lo miré durante un instante. Era un prodigio. Ni con mis dos manos lograba cubrirlo totalmente y apenas conseguía rodearlo totalmente. Lo hice tenderse boca arriba y con mucho cuidado fui poniendo su pajarito en mi nido, temiendo me partiera en dos. Pero, cosa extraordinaria de la mujer, entró como si fuera aquella su casa y se acomodó

lo más bien.

"Nada tengo que decir de la maestría con que Ciro hacía uso de su herencia. Luego de un momento me encontraba totalmente transportada que comencé a gemir y gritar de placer, más que para llamar la atención de Nicias, que era mi real intención, porque realmente yo lo sentía así. Y Nicias, al oír mis gritos, apareció, y al verme en aquella situación comenzó a chillar como un condenado. Yo, sin moverme de mi sitio, le dije que sabía de sus adulterios y que, si él se sentía con ese derecho, bien podía yo hacer uso de ello también.

"Me insultó, me dijo que me retirara de donde me encontraba y que él me daría un castigo ejemplar. En ese momento Ciro llegó a su límite y abrazándome con fuerza, me penetró hasta la espina. Sin poderlo resistir yo tampoco, alcancé mi regocijo en la propia cara de Nicias quién dio media vuelta y salió.

'Durante varios días no apareció por la casa. Al principio me preocupé, pero luego lo mandé al cuerno y volví a utilizar los atributos de Ciro con una frecuencia que Nicias jamás podría lograr, al punto que comencé a acostumbrarme al nubio.

"Una noche apareció Nicias. Venía con varios hombres, entre ellos un magistrado. Entraron a la casa y comenzaron a observarlo todo. De pronto me dijo:

"—Mujer, te he repudiado. A partir de este momento tú eres libre de hacer lo que os plazca.

"—Nada más cuerdo —dije yo— pero como la casa es mía, vos debéis marcharos y llevaros tus pertenencias.

"—En eso te equivocas. Los bienes pertenecen a la dote y por haberte repudiado por adúltera, no tienes derecho a nada. Ahora, te ruego que abandones esta casa.

"Le dije que era un canalla, un salvaje. Que por lo menos me dejara a Ciro, pero se negó. Rogué, insulté, amenacé y todo fue inútil. Por último, dos de los hombres que le acompañaban, me tomaron en vilo y me tiraron fuera de la casa, a la calle, como a una esclava o una ramera. Luego salió él y me espetó:

"—¡Putta!

"Le grité que de alguna manera me vengaría. Que él había cometido adulterio primero, pero que yo no tenía derecho a denunciarlo. Lloré, pateé, me dio una rabieta del demonio y por último decidí irme a casa de mis padres. Pero Nicias les había ido con el cuento y no quisieron abrirme las puertas. Fui donde mis amistades, y nada. Estaba absolutamente abandonada, sola, sin ninguna alma caritativa que se apiadara de mí. A mis pesares se unió que aparecieron los esclavos que yo había golpeado indiscriminadamente y me persiguieron para dañarme, por lo que tuve que huir fuera del pueblo.

"Estuve una semana dando vueltas cerca de mi antigua casa, alimentándome de basuras y masticando mi odio. Una noche me acerqué a una de las entradas y al no ver a nadie cuidando, entré. Mi sorpresa fue mayúscula cuando vi que, en medio del patio, Nicias y sus amigos habían organizado una tremenda orgía. Estaban todos desnudos, copulando en absoluto desorden, en la más asquerosa revoltura de cuerpos. Me escabullí hasta la cocina y saque varias ánforas de aceite que yo misma guardara en una bodega y sigilosamente fui regando la casa, el patio y las dependencias. Después, le atraqué fuego.

"Grande era mi alegría cuando veía las enormes llamaradas que todo lo devoraban. Los gritos de desesperación eran para mí música divina. Allí estaban

quienes me habían despreciado, esclavos insolentes, amigos interesados, consumidos por el fuego... De pronto por una ventana apareció Nicias que intentaba escapar del lugar, pero tomé una enorme piedra y le di tal golpe, que cayó hacia el interior. Inmediatamente el lugar fue invadido por el fuego y grandes llamaradas destruyeron lo que quedaba.

"Sin tener ya nada ni a nadie, comencé a recorrer los pueblos. Como lo único que conservaba era mi belleza le saqué provecho, enamorando viejos que me daban buen oro. Cierta tarde conocí a Asdepías y ella me adiestró en estas artes con propiedad.

"Y aquí estoy, poniendo término a mi aventura."

—¡Digna de Homero! —exclamó Diógenes. — Especialmente lo de tu adulterio con Ciro. Me recordó el caballo de Troya.

—Y a mí —interrumpió Aristófanes— a la toma del Olimpo por los Titanes.

—El poeta Nicareo... —comencé a decir, pero fui interrumpido por Timón.

—Dale con la poesía. Hasta en la mierda hayáis un poema...

—Mi querido Timón —le dijo Diógenes—, es en la poesía donde se encuentra la verdadera filosofía: las largas y metódicas disquisiciones de Platón y Aristóteles no son más que aburridas chácharas destinadas a adormecer la inteligencia. Un poeta, en cambio, despierta el interés, aviva los sentidos y expresa en rima o disonancia las ideas que debe defender solo con su ingenio y no apabullando a los ignorantes con toneladas de argumentos y ejemplos que rara vez ayudan al precepto, sino que solo tiene por finalidad ocultar sus defectos.

—Comparto dicho pensamiento —dijo Aristófanes—. Podéis continuar, Pornócrates amigo mío. Lanzad vuestro verso.

—Está bien —dijo Timón, derrotado—, escupid vuestra basura.

—Decía que Nicareo¹ tiene un poema sobre el amor conyugal:

*Alabar la mujer es cosa rara
siendo propia, y seguirle luego amando
mucho tiempo, también puede creerse
que es quizá más difícil y más raro.
¡Qué especial es el hombre en sus afanes!
¡Qué propósitos tiene tan extraños!
Su mujer es hermosa, es un portento;
Es dueño de un tesoro y sin embargo
no sabe dar aprecio a tal tesoro
Y da su amor a su sirvienta en cambio.*

—Nada más cierto —exclamó Diógenes—. Los maridos son los hombres más estúpidos de la creación. He llegado a creer que constituyen una especie diferente a todas las demás.

—Pues estoy convencido de ello —le secundó Aristófanes—. Tengo por los maridos el desprecio más grande.

—Son unos asnos —expresó Timón —Me cago en los maridos.

—Debéis tener una eficiente fábrica de mierda.

—Especialmente cuando piensa.

—No insultéis, amigo mío —se defendió Timón de sus

¹ Siglo I d. C.

amigos.

—Decía —continuó Diógenes— que el marido es un animal extraño. Tiene las más extravagantes ideas respecto del matrimonio. Asume la actitud del gallo respecto de la gallina, pero, pero se comporta como un cerdo.

—Primero persigue a la mujer, hasta lograr tumbarla de espaldas y después se queja de los resultados.

—¿Será el marido o será el matrimonio? —dijo Timón.

—Quién sabe si ambas cosas —comentó el comediógrafo.

—La verdad —dijo Diógenes— es que creo que el matrimonio hace los maridos.

—Habéis dicho una verdad al fin —le bromeó Diógenes.

—Me refiero, imbécil, a que el hombre que se casa asume una actitud de marido y no de hombre. Se producen entonces una serie de incongruencias propias de las circunstancias. Primero lo atenaza un deseo incontrolable y luego, le invade el desgano y el hastío. La mujer, en ese sentido, es muchísimo más constante.

—Tanto, que si no haya respuesta en su marido la busca en otro lado.

—No podéis pedirle a una mujer joven, hermosa y ardiente por añadidura, que abandone sus necesidades sin más. Tiene derecho a disfrutar de la vida como cualquiera. Y si su marido prefiere descargar sus ímpetus en sirvientas o esclavas, bien puede la mujer considerarse libre de compromisos.

—De acuerdo. No creo que el adulterio sea un derecho masculino y un pecado femenino. Esa doble apreciación es indignante para el ser humano. Si te gusta dar, recibe.

—¡Eso! —gritó Timón—. El respeto a los contratos debe ser mutuo. Una de las razones por las cuales odio a los

hombres es por su hipocresía congénita. Perpetuamente están burlándose de sus propias reglas, las que fijan más que nada para defenderse de sus adversarios.

—Un viejo maestro mío —comentó Aristófanes— me dijo que las leyes tenían como fin establecer las bases de la sana convivencia. Con el transcurso del tiempo vi que era muy sana la convivencia de unos y muy enferma la de la mayoría. Entonces concluí que la ley estaba destinada a servir a los poderosos para someter a los débiles. La ley, mi querido Timón, es una cobardía del hombre, pues lo que tanto escribe y comenta debería, principalmente practicarlo, cosa que no hace.

—¡Me cago en la ley! —gritó Timón.

—Si fuera por éste —dijo Diógenes— el mundo sería una gigantesca plasta.

—Recuerda, Diógenes, que el estiércol es abono.

—Sí, de bichos y enfermedades.

—Decía yo, antes que me interrumpiera este cagón compulsivo, que las leyes no tienen valor en sí mismas, sino en su aplicación y como su aplicación está absolutamente viciada, no tiene valor ninguno. Cada cual la usa para satisfacer sus mezquinos deseos: unos para perjudicar al enemigo, otros para beneficiar a los suyos y la mayoría, para esconder sus crímenes. ¡Pura basural

—¿Y qué tiene que ver esto con el matrimonio?

—Mucho, pues es el único contrato que requiere honestidad de las partes para ser cumplido, pues no hay condena para el infractor.

—Pero sí para la infractora —dijo Diógenes.

—¡Exacto! Contesta esa, viejo bodoque —le gritó Timón al escritor.

—Contesto que estoy de acuerdo. Durante todos los

tiempos la mujer ha sido condenada por cometer los mismos crímenes del hombre, el que sale libre de sospechas. Bien puede el bastardo fornicar con todas las rameras de la Grecia y todos le considerarían por ello un "hombre", porque tiene un miembro corpulento y un apetito insaciable, lo que lo convierte más en un animal copulador que en un hombre propiamente tal. Pero si la mujer tiene el más ligero desliz con uno que no es su marido, entonces es una puta. Estoy de acuerdo con vos, preciosa. La ley no escrita de la cópula dice: "El placer no tiene reglas".

—Pero sí las tiene —dijo Diógenes— y son las reglas del goce. No se trata del placer por el placer, como ya lo dije anteriormente. Tiene uno que estar perfectamente consciente del goce y disfrutarlo como persona, no como las bestias, que por eso no gozan.

—Dicho de otra manera, la ley de la cópula dice: "goza y disfruta".

—¡Pásame una fruta! —dijo Timón—.

—¿Una pera? —preguntó Themis.

—Dale un plátano, muchacha. Es la fruta por excelencia.

—Dentro de esta disquisición —continuó Aristófanes con su perorata—, el marido que gusta de los montes ajenos, tiene que saber llevar los cuernos con dignidad. Los cuernos no son feos para el que libremente los escoge, aunque si lo son para el hombre fiel y engañado, porque es un imbécil.

—Pero, ¿por qué? ¿Ser fiel es una imbecilidad?

—No. La imbecilidad es haberse casado, pues si uno se casa tiene que entender que el amor es un sentimiento traicionero. El hombre que le es fiel a la mujer traidora, no

puede ser sino un cretino.

—De acuerdo. Entonces tenemos que el hombre se casa para hacer lo mismo que cuando soltero, nada más que para crearse problemas.

—Eso mismo. Por eso digo que el marido es una especie zoológica independiente. El único animal que contrae matrimonio, pero quiere gozar como soltero.

—Un cretino.

—¡Vivan los plátanos!

—Pero hay aún otra especie de marido más cretino aún —dijo Diógenes— y es el reincidente.

—Justamente lo que iba yo a decir —dijo Aristófanes.

—Este tiene la lengua tan activa como el pene —dijo Timón con la boca llena de fruta.

—Un hombre que se casa una vez puede cometer un error, si lo hace dos veces, comete una idiotez.

—Los idiotas hablan de las oportunidades. Siempre existen oportunidades, dicen, por lo que vamos cayendo de bruces en el error una y mil veces.

—Sobre las segundas nupcias existe un poema anónimo —dije mientras Timón elevaba los brazos al cielo y escupía medio plátano que tenía en la boca— y dice así:

*Al necio que sacude sus cadenas
y las busca en un nuevo matrimonio
le comparo al que no menos imbécil
salvado del naufragio, ciego y loco,
arriesga aún sobre los turbios mares
sus bienes, su quietud y su reposo.*

—Bello, sin duda.

—Y sumamente filosófico.

—¿En qué paramos entonces con toda esta discusión?
—dijo Timón.

—En que es mejor ser soltero. El matrimonio es para los que no conocen los celos. También lo es para el reno que tiene sus propios cuernos. Para el hombre el matrimonio es una manera de hacerse libre en la esclavitud.

—Quizás no sea más que para saborear el placer de lo prohibido que es doble, según se comenta.

—También es doble la molestia.

—Recordad, Timón querido, que la ley de las reciprocidades dice que todas las cosas tienen sus pros y contras para mantener el equilibrio.

—Es decir, tu "pro" es saludarme y mi "contra" es darte un puntapié en el culo.

—Tal cual en el matrimonio. ¿No lo crees?

—Interesante deducción. Creo que merece una meditación más profunda. De todas formas pienso que el matrimonio forma parte de la naturaleza humana, tal como el sentimiento maternal

—Quizás en el hombre el matrimonio no sea más que eso, una búsqueda de la madre en la mujer.

—Por lo tanto —dijo Timón— todos los maridos son unos incestuosos de mierda. ¡Aborrezco el matrimonio!

—Y yo me cago en tu madre.

—Gracias.

—Yo concluyo que el matrimonio es un misterio insondable.

—Como la grieta de Asdepias. Y de ser tan pútrido, entonces el hombre no es más que un cochino masoquista. ¡Cuánta idiotez acumulada en una sola especie! Cuando los dioses repartieron los dones dieron a los animales los instintos y a los hombres esa especie de estupidez que es la

inteligencia.

—Lo que debemos decretar ahora es si el incendio de Themis fue un acto de locura criminal y salvaje o de justa retribución.

—Yo pienso en lo último. Por eso lo considero glorioso.

—Comparto vuestra opinión. Nunca los hombres actúan de forma más inteligente que cuando liberan sus instintos. Entonces son realmente libre, sabios, independientes de todo criterio. El actuar apegado a las normas es de pusilánimes. Los hombres de verdad son los que hacen las reglas, no los que las obedecen.

—Genial —dijo Diógenes— Este Timón tiene a veces ideas interesantes,

—Y tan sonoras como sus eructos.

—Si yo fuera mujer... —dijo Diógenes.

—Si vos fuerais mujer —le interrumpió Aristófanes— yo me hubiera emasculado.

—Si yo fuera mujer —repitió el cínico— hubiera actuado de igual forma. Haberlos quemado vivos fue un toque de fantasía superior.

—¿Por qué han de ser solo los dioses los que hagan llover fuego sobre los hombres? Las mujeres están entre los hombres y los dioses.

—¿Lo creéis así?

—Lo sé. Lo afirmo. Y cortaré los testículos al que no lo piense así. ¿Cómo puedes llamar tú a la cualidad de llevar en el vientre un niño durante nueve meses?

—Embarazo.

—Este huevón es un prosaico.

—Discrepo de vos sólo en la condición maternal de la mujer. No la creo divina por ello, pues entonces tendríamos que divinizar a las ratas, y a cuanta alimaña mamífera

existe. No. Creo que esa es precisamente la condición animal de la mujer. Divino es Zeus, a quién le nació una hija por la oreja izquierda. ¿O fue la derecha? Bueno, no interesa. La divinidad no importa actos animales sino todo lo contrario.

—Pero Zeus es divino y cometió muchos actos animales: fornicó con cuanta hembra deseable se le ponía por delante.

—Precisamente porque el contacto carnal es lo que nos eleva a la condición de dioses. ¿Cómo puedes explicar el placer del coito? ¿Hay alguna explicación razonable?

—Y si la hubiera perdería totalmente el interés.

—Y el cretino que la descubra merece ser empalado y lanzado de cabeza al Etna.

—¡Que se fría el desgraciado!

—Por lo tanto debemos concluir que el matrimonio es una condición absurda que permite al cónyuge disfrutar más con quien no es su pareja. Las parejas se casan para disfrutar engañándose.

—También concluimos que los maridos son unos cretinos que creen tener por derecho lo que en sus mujeres es un crimen. ¡Vivan las esposas infieles!

—Debes agregar a ello que cualquier acto criminal que la mujer cometa contra el marido infiel bajo las actuales condiciones del matrimonio constituye un motivo de alabanza y emulación.

—A fin de cuentas, Themis, estás ante nuestros ojos libre de cualquier aborrecimiento. Os felicitamos por tu acción y debo agregar que la profesión que ejercéis en estos momentos, la más antigua y concurrida, se ennoblece por tenerte entre sus obreras más encarnizadas.

—¿Merecerá el premio?

—Paciencia, Timón. Faltan aún cuatro muchachas más. Dales a todas su oportunidad.

—Así he de bautizar mi pene: "oportunidad", para repartirlo entre todas las hembras hermosas.

LIBRO CUARTO

—Pero, ¡qué veo! —exclamó Aristófanes—. Nuestras copas están vacías.

—¡Por Zeus! —secundole Diógenes—. ¡Llenadlas pronto! Llenadlas hasta que derramen néctar.

*—¡Oh copa sin igual favorecida
por labios cual la miel por su dulzura!,
envidia no tengo, mas quisiera
estar en tu lugar cuando te gustan.*

—Nuestro querido Pornócrates es un poeta irreducible.

—Y parece que el beber le acentúa la inclinación a la rima. Debería ser un abstemio para salvar al mundo de versos tan mediocres.

—Ese poema, Timón, es de Leoncio¹, mi amigo —dije—. Pero tengo otro anónimo sobre el vino:

*Languidecido y postrado
encontrábame en mi lecho:
cierto bribón vino a verme;
el tal llamábase médico.
Beber me mando agua sola,*

¹ Siglo VI d. C.

*me vetó el vino severo.
¡Oh charlatán atrevido
que ignora que el sabio Homero
llamó al vino una bebida
encantada que da aliento,
y de la humana salud
es el sostén. ¡Habrá necio!*

—Ese te lo perdono —me dijo Timón dándome una palmada en el hombro— pues todo lo que se diga a favor del vino está bien dicho y todo lo que se diga en su contra es un atentado contra la sana convivencia. Privad a los hombres del misterio de la bebida y los condenareis a una sequía espiritual eterna.

—A vos, Timón, parece que el vino os convierte en orador.

—Un Demostimón.

—Un engendro como el centauro, o los faunos...

—¡Un semidiós!

—Un completo imbécil.

—Pero ya está bueno de beber y recitar. Es momento de otra historia.

—Que hable la pequeña Silene.

La muchacha se puso de pie y avanzó hacia el centro del grupo. Movía su cuerpo con ese exquisito bamboleo de las mujeres que saben caminar, muy derecha de cuerpo y mostrando con descaro sus atributos. Su pelo castaño caía sobre sus hombros hasta sus senos y su rostro lindo y divertido estaba siempre marcado por una sonrisa de alegría.

—¿Que tienes que decirnos, pequeña? —preguntóle Diógenes.

—Mi historia difiere con mucho de las de mis amigas.

—Lo que ha hecho que esta reunión valga la pena. Si todas hubieran narrado historias similares, hace mucho que me habría entregado al sueño.

—Comenzad, chiquilla —le gritó Timón.

Silene se sentó en un grupo de cojines y dejándose caer hacia un costado colocó su cabeza sobre su mano.

El Relato de Silene

—No os daré grandes detalles de mi nacimiento ni de mi infancia que no tienen relevancia en este asunto. Partiré del momento en que mis padres murieron por una peste y yo fui adoptada por la bella Timas, a la que todos creían una santa mujer, pues se había hecho cristiana y había creado un convento con sus propios bienes.

"Tenía yo en ese entonces doce años y apenas conocía los sentidos del cuerpo. Timas me alojó en su bella casa y destinó para mí una habitación pequeña pero confortable, con salida a un hermoso jardín que ella misma cultivaba. Su habitación estaba justo al otro lado del jardín, donde acostumbraba a ir yo a cepillarle el cabello todas las noches.

"Todo el tiempo se reunían en aquella casa muchas mujeres como corresponde a la decencia, lejos de los hombres, que se reunían en casa del noble más rico del lugar, un comerciante asqueroso. Yo tenía privado aún el acceso a esas reuniones pues se comentaban asuntos de adultos solamente. Mi curiosidad me llevaba siempre a buscar el medio de poder averiguar que se hablaba allí, pero jamás lo logré.

"Una calurosa tarde me encontraba en un escaño del jardín refrescándome con el agua de la pileta cuando apareció Timas.

"—Muchacha —me dijo—; ya vas a cumplir los trece años y es necesario que entiendas variados asuntos antes de ingresar al mundo de las mujeres.

"—Vos sois mi maestra —le dije— Enseñadme lo que debo saber.

"—Esta noche comenzarán vuestras lecciones y espero que para la próxima reunión habréis aprendido lo suficiente para participar.

"Yo estaba muy contenta. Pasé todo el resto de la tarde preparándome para aquella noche memorable en que entraría al mundo femenino que tanto anhelaba. Cuando ya toda la servidumbre se hubo retirado y solo veíase arder lámparas en la habitación de Timas, me encaminé hacia allá para cumplir con mi obligación de cepillarle el cabello.

"Timas se encontraba tendida sobre cojines. Su pelo negro y brillante caía como una cascada de noches sobre sus blancos hombros. Me hizo una seña para que me acercara y la obedecí, tendiéndome a su lado.

"—Mi pequeña Silene. Supongo que ya habéis conocido los ardores del amor.

"—No —le contesté— Jamás he tenido tal preocupación.

"—Eso es mejor aún —dijo ella—. Creo que es momento que aprendas en qué consiste su belleza y me considero privilegiada de poder iniciarte en ellos. Suceda lo que suceda no debes asustarte, pues nada malo te ocurrirá.

"Yo estaba sumamente contenta por esta introducción al amor. Timas comenzó a acariciar mis pequeños senos los que se endurecieron rápidamente. Sentía yo un exquisito cosquilleo al pasar ella su mano suave y delicada, y jugar con mis gemelas con maestría inigualable. Después deslizó su mano acariciándome el estómago, las caderas y las nal-

gas. Todo aquello producía en mí una sensación de calor inexplicable e inenarrable. Por último, deslizó su mano entre mis piernas y con gran delicadeza comenzó a palpar mi tesoro. En ese momento sentí una sensación de placer. Abrí los ojos y vi en los de Timas una llamarada impresionante. Me retiró mi vestido dejándome totalmente desnuda y me puso de espaldas. Después ella se quitó el tenue camión que la envolvía y pude ver el cuerpo de una mujer hermosa en su plenitud.

"—Quisiera ser tan hermosa como vos —le dije—.

"—Lo serás —me contestó.

"Y después se dedicó a enseñarme las tareas del amor desde la perspectiva de la mujer. Y no voy a negar que me resultara placentero, aunque intuía que me hacía falta algo más, algo que entonces no comprendía.

"Durante varias noches fue platicándome sobre el placer y sus diferentes formas, y haciendo también la práctica correspondiente. Cuando se efectuó la siguiente reunión de mujeres pude descubrir por qué no se escuchaba ninguna conversación: porque no hablaban precisamente. En cuanto Timas me presentó, me desnudaron y se me arrojaron encima varias mujeres que disfrutaron de mí hasta quedar agotadas y dejándome con una sensación poco grata. Aquello no me era agradable.

"Pero no acabó ahí. Durante dos años las reuniones fueron periódicas y todo el tiempo era yo el centro de atención por ser la más joven y por ser virgen, hecho que les daba gran placer. No entendía yo que tenía de excitante el no haber sido tocada por hombre. Mi problema era que no sabía a qué clase de "tocada" era a la que hacían referencia.

"A comienzos del verano siguiente ya había yo practicado lo suficiente como para considerarme una experta en

amor femenino, pero seguía sintiendo esa sensación de vacío y de incongruencia propia de quién sabe que no está haciendo lo correcto. No pensé jamás que hacer lo correcto traería como consecuencia tales padecimientos.

"Un día que me encontraba en el jardín refrescándome del calor agobiante, vi por primera vez a un muchacho de mi edad entrar a la casa, lo que fue debido a un descuido de una sirvienta que dejara entreabierta la puerta mientras buscaba el dinero para pagarle unas aves al muchacho. Éste estaba admirando el jardín y me vio, quedando como hipnotizado. Yo me fijé en sus ojos brillantes y hermosos y en su aspecto masculino, cosa que me atrajo notablemente. Por primera vez sentí que me hubiera gustado unir mi cuerpo al de ese muchacho, sin saber realmente por qué. Cuando lo encontraron allí lo sacaron a garrotazos a pesar de mis gritos y súplicas que no lo golpearan.

"Pasaron las semanas y yo sentí una gran pena por no poder volver a ver a ese muchacho que tanta ternura despertara en mí. Un día cayó del cielo una piedra pequeña. Miré hacia arriba y no vi nada. Luego cayó otra, y otra. Por último miré hacia el muro de la calle y vi al muchacho que estaba sentado a horcajadas sobre el muro.

"—¡Ven! —me dijo haciéndome señas con la mano.

"Caminé yo hacia él y le pregunté qué quería. Me preguntó quién era y le conté mi vida, y así estuvimos platicando un buen rato. Él era hijo de un criador de pollos bastante rico, pero quería independizarse porque no veía fortuna en seguir apegado a su padre. Por último, me dijo que si yo lo deseaba podía visitarme de vez en cuando, especialmente las veces en que me encontrara sola en casa. Le dije que había días en que Timas y las esclavas salían a cumplir con ciertas obligaciones religiosas y que a mí nunca me lleva-

ban. Esos días yo ataría un pañuelo azul en una de las ventanas y así él sabría que podía entrar.

"Dos días más tarde se presentó la oportunidad y el muchacho, que se llamaba Agesias, saltó el muro y cayó en el jardín. Entonces se me acercó y antes que dijera palabra me abrazó y me besó con fuerza. Mi cuerpo entero se encendió y creí desfallecer. El me sujetó fuertemente con sus brazos y me depositó en el tierno césped. Comenzó entonces a besarme todo el cuerpo, tal como lo hacían las mujeres, pero esta vez me agradaba muchísimo, sin saber por qué. Me quitó mi vestido y estuvo mirando mi cuerpo un buen rato.

"—Eres tan hermosa como una mañana de otoño —me dijo— Envidio al hombre que te tocó por primera vez.

"—Envídate a ti mismo —le dije yo—, pues eres ese primer hombre.

"—¡Por Júpiter! —exclamó— Una dicha tan grande acompañada de una pena terrible.

"—¿Una pena? —pregunté.

"—¿Acaso no eres de las mujeres de Timas?

"Le contesté que sí. Entonces él me explicó quién era ella y a que se dedicaba. Supe entonces de su depravación y sus crímenes, que era temida por rencorosa y vengativa y que había asesinado o hecho matar a más de uno. Después me preguntó si yo era una amante de Timas como las otras. Le conté lo que me había sucedido y que yo no comprendía totalmente.

"—¡Canalla! —exclamó él— Esa pervertida te ha privado de ver hombres para tenerte para ella sola, pura, sin que llegues a vivir el amor.

"—¿Y qué diferencia hay? —pregunté yo ingenuamente.

"—¡Ésta! —dijo y levantándose su túnica sacó de donde las mujeres solo tenemos vello, un enorme trozo de carne

que me provocó espanto.

"—¿Es un tumor? —pregunté.

"—Llamadle como queráis— me dijo Agesias— pero debéis conocerlo para poder bautizarlo.

Y diciendo esto último volvió a colocarse sobre mí, luego de desnudarse. De pronto sentí que aquel tumor intentaba ingresar en mi tesoro. Al principio me asusté pero cuando comenzó a penetrar percibí un placer indescriptible. De pronto entró con violencia. Sentí un tironcito como de algo que se rompía, como un desgarró y un leve escozor y después me abandoné totalmente a sensaciones que jamás había conocido.

"No tengo que decirles que volvimos a juntarnos en cada oportunidad posible y él me enseñaba algo más sobre el amor natural. Por mi parte yo evitaba las reuniones con Timas y sus amigas. Pero una tragedia cayó sobre mí. Quedé embarazada y esa prueba era suficiente, haciendo innecesario testigos de mi falta. Ni siquiera los cuentos de dioses que embarazaban mortales sirvió. Timas estaba furiosa, y decidió vengarse completamente. El que yo me hubiera entregado a un hombre era para ella un crimen espantoso, por lo que decidió que tenía que castigarme a mí y a mi amante Agesias.

"Una tarde simularon marcharse y cuando vieron a Agesias saltar el muro, volvieron a casa, entraron y le apresaron. Yo estaba atada y oculta en una bodega. Al pobre muchacho lo ataron, lo pusieron sobre un altar de sacrificios y le convirtieron en eunuco de un solo tajo. Agesias salió del lugar arrastrándose y de esa manera subió al risco más cercano y se arrojó al fondo de una cañada.

"No me esperaba a mí mejor suerte. Timas consideraba una blasfemia el ser tocada por los hombres, por lo que me

llevó a casa de una cortesana llamada Sigias, la que me cobijó hasta que tuve a mi bebé, el que murió al nacer. Inmediatamente después me puso a trabajar.

"—Ya que habéis descubierto el gusto por los hombres— me dijo— disfrutareis de muchos de ellos.

"Y diciendo esto me llevó a una amplia habitación, arrojándome sobre el lecho. Al momento entro un señor viejo y asqueroso. Me quise negar en un comienzo, pero ante la violencia del anciano y mi propia pena, cedí. Luego entró otro y otro y así hasta quedar agotada. Al día siguiente se repitió la faena por lo que me di cuenta de que, de continuar de esa forma, moriría de agotamiento muy pronto.

"Una tarde que no había clientes estuve conversando con Sigias y le di algunas ideas para mejorar la atención de la casa. A ella le gustaron y como le pareció que podía serle útil comenzó a tratarme con mayor consideración, dejándome elegir a la mayoría de los clientes.

"En mi cabecita ya había decidido vengarme de Timas y su depravación dándole donde más le dolía. Logré hacerme de tres amantes bastante fieles a quienes poco a poco fui convenciendo para que me ayudaran a llevar a cabo mi plan. Por último accedieron y una noche que Sigias se encontraba de viaje hice llevar una nota a Timas, firmando como Sigias, y pidiéndole se presentara de inmediato. Cuando llegó la hicieron pasar a un saloncito en penumbras. Estuvo un momento allí esperando impaciente y cuando lo creí oportuno hice entrar a mis tres amantes desnudos. Entonces la perversa mujer comenzó a gritar, pero como en esa casa se gritaba mucho por lo general, nadie iba a darle importancia. Los tres hombres se le arrojaron encima, la desvistieron y la penetraron una y otra vez hasta satisfacerse varias veces cada uno. Timas primero gritaba de

ira y espanto, después suplicaba y lloraba. Cuando llegó a ese punto entré yo.

"—Vos me condenasteis a este lugar, perversa. Solo quería que conocieras lo que aquí se disfruta, compartir con vos mis placeres. Pero debo, además, pagar otra deuda —y diciendo esto entró una vieja llena de verrugas experta en abortos y brujerías—. Privasteis del placer a un bello muchacho. Derecho tiene él de privarte a vos del vuestro. Y como él no puede, lo haré yo.

"Y mientras mis amantes la sujetaban la vieja sacó algunas herramientas y metiéndose entre las piernas de Timas, arrancó de un tirón su pequeño gusanillo, lo que hizo que ella gritara como condenada.

"—¡Estamos a mano! —dije—.

"—Vais a pagar por todo esto —me gritó con ira mientras sus piernas se ensangrentaban.

"Comprendí que mi misión allí estaba terminada, por lo que tomé todo lo de valor que encontré, pagándome con ello el trabajo que había tenido y que la vulgar Sigias no me había remunerado adecuadamente, y salí del pueblo para no regresar. Mi intención era encontrar un hombre bueno y casarme. Como no ha sucedido, sigo esperando, pero como mientras tengo que vivir, trabajo para la generosa Asdepias que ha sido como una madre para mí y que nunca nos obliga a dormir con viejos asquerosos".

—Lo que significa —dijo Diógenes— que no nos consideráis como tales.

—De ninguna manera. Sois los hombres más gentiles y mejores amantes que hemos conocido.

Las otras muchachas secundaron a Silene, la que guardó silencio en espera de los comentarios de las sombras sabias.

—No hay duda —comenzó Aristófanes— que el mundo

está lleno de seres extraños. Ya había oído hablar yo de mujeres depravadas que odian al sexo fuerte y les repugna tener contacto con él. No entiendo porque deciden perderse de tanto placer.

—El placer —le interrumpió Diógenes— no está en los actos, sino en las intenciones. No es tu verga la que siente placer, sino tu mente.

—A no ser que piense con la verga —dijo Timón.

—Cosa muy común entre los hombres. Por lo general tienen su mente ocupada en esos menesteres en vez de dedicarla a asuntos más elevados.

—Como una verga elevada.

—Este imbécil sigue igual de prosaico.

—Creo que los dioses, cuando crearon a los hombres, les dieron un pene y un cerebro, pero no le aportaron sangre suficiente para hacer funcionar los dos juntos.

—Los hombres tienen la mente limitada por tres avideces básicas; la fama, la riqueza y el placer. Lo primero te convierte en un objeto, lo segundo en un objetivo y lo tercero en un óbito.

—A no ser que sepas hacer uso de ellos. Si supiera uno equilibrar los preceptos espirituales, las riquezas materiales y el placer de la carne sería como un dios.

—Yo solo quisiera ser como soy —comentó Timón.

—Pero hasta eso le cuesta —dijo Diógenes.

—Tiene muy poquitas aspiraciones...

—Vuestra actitud no es muy grata. Tampoco tú tienes mucho que decir. Desdeñaste las riquezas y no tuviste gran fe religiosa. Y en lo que respecta al placer, difícilmente una bella muchacha hubiera visitado tu estercolero.

—Y vos, Timón, ¿acaso no fuiste un viejo resentido y rezongón que impedía el paso de todo individuo a las cerca-

nías de tu persona? ¿No me diréis que fornicabais a distancia?

—¡Basta, par de viejos! —gritó Aristófanes.

—¿Y tú, te crees un muchacho?

—Por lo menos yo no renegué de ningún placer de la vida y tampoco dejé de lado los valores espirituales.

—¡Alabado sea nuestro padre Aristófanes!

—Ándate a la mierda.

—La tengo a mi lado.

—Señores —intervine yo al ver que el asunto tomaba cariz serio.

—Si sales con un poemita —grito Timón— te juro que te rajo el culo de una patada.

—Sin embargo, creo que esto que estáis haciendo, esta discusión absurda, amerita unos versos.

—Estoy de acuerdo —dijo Diógenes—. Y cuidado con hacerle daño a nuestro anfitrión.

—¡Por el Olimpo glorioso! —exclamó Timón con desesperación.

—Recitad, muchacho —gritó Aristófanes, más por molestar a Timón que por oír mis declamaciones.

—Pues, bien, aquí va:

*Dos diferentes efectos
la fortuna nos produce
en los que colma de bienes
esta deidad tan voluble,
no hay otro dios que no sea
la riqueza que acumulen.
Por su parte el desgraciado
a quién pródiga no acude,
hacia los cielos eleva*

*su vista en sus pesadumbres*¹.

—Razón tenía ese poeta —dijo Aristófanes— pues uno sólo se vuelve espiritual en la pobreza.

—Y nos volvemos pobres espiritualmente cuando nuestros sacos y nuestra tripa está llena.

—Timas era mujer rica sin temores por las privaciones materiales. Por esa razón, por el ocio en que cae quién no tiene que trabajar para vivir, es fácil perderse en la selva de la depravación.

—De ser por eso este ocioso de Diógenes sería el más depravado de los hombres.

—Mi ociosidad, Timón, es solo física. Mi cuerpo descansa para que mi mente pueda trabajar libremente.

—Y eso, ¿a quién le sirve? Ni a ti mismo.

—Y a mí me acusa de prosaico. ¡Quién lo es realmente!

—Esta vida está llena de contradicciones.

—El hombre es una contradicción de sí mismo.

—En eso tenéis razón.

—Pero la cuestión aquí es decidir si Silene obró bien o mal y en cuanto estimamos su cuento.

—Me parece, querido Aristófanes, que la acción de la malvada Timas, el haber engañado a Silene respecto de la naturaleza del sexo, merece la pena recibida y aún más.

—Estoy de acuerdo. La ley de Talión es sumamente sabia al determinar provocar en el otro el daño que ha causado para sufrir en carne propia sus abusos. Es lo más sensato. Timas convirtió en ramera a nuestra Silene y fue a su vez sometida a igual ultraje. Privó del placer al muchacho y se le privó a ella del suyo al arrancarle el clítoris. Me parece que es sumamente justo. Creo que Silene merece vestir la

¹ Anónimo, anterior al siglo V d. C., titulado "Felices y Desgraciados".

túnica de los jueces, pues no causó a su víctima más daño que el que ésta había causado.

—Estoy de acuerdo. La justicia debe ser equilibrada en sus penas y no caer en la venganza o en la piedad.

—Exacto, Timón—. Solo es justa una justicia que logra resarcir espiritualmente al perjudicado. Actualmente se ve que los intelectuales han dominado el ambiente y han sacado códigos estúpidos donde las personas reciben como castigos años de encierro. ¿Porque no hacerlos trabajar para devolver a la sociedad el daño causado? ¿Porque no hacerles sufrir lo mismo que ellos hicieron sufrir a los demás? Cuando las sociedades humanizan su justicia al extremo de la piedad destruyen la confianza en ella misma y en la moral.

—Así es, Diógenes. La moral sólo es sólida cuando la justicia es implacable.

—E impecable...

—Exactamente. Y cuando en una sociedad la justicia no cumple con sus objetivos, entonces los ciudadanos están libres de tomarla en sus manos según los establece el derecho natural.

—Más que eso: es un deber natural con el fin de restablecer el equilibrio.

—Estamos entrando al campo de la filosofía social. ¡Cuidado!

—Tenéis razón, sabio Aristófanes —dijo Silene—. La filosofía social es tan densa como un pantano lleno de cocodrilos.

—¡La sociedad está llena de cocodrilos, niña mía! Estáis absuelta de vuestra acción y contáis con nuestra aprobación.

—¿Habéis notado que por primera vez estamos los tres

de acuerdo en algo?

—¿En que sois un cretino?

—Eso sí me parece peligroso —dijo Aristófanes—. Cuando los hombres comienzan a estar de acuerdo es porque se están volviendo imbéciles.

—Creo que debemos hacer un alto en esto de las historias y relajar un poco la tensión intelectual.

—Y la muscular —dijo Diógenes atrayendo hacia sí a dos muchachas.

—Estoy de acuerdo. Y que el bastardo de Pornócrates nos cante un himno, cosa que le gusta tanto hacer.

Me gustó la idea y comencé a hurgar en mí memoria buscando alguno adecuado a la situación. Mientras, mis invitados habían vuelto a soltar su instinto carnal y disfrutaban a más y mejor de las bellas ramerás.

INTERMEDIO

Himno de Amor

¿Os habéis percatado lo pasivos
que son los animales con cuernos?
Descontando al carnero incisivo
que cornea furioso al vernos.
El amor es de caminos tortuosos
donde la mujer manda y domina
impulsada por ardores monstruosos
donde uno por temor no anima
a tocar sus deseos vanidosos
como acompañarla a la letrina.

Todas las rigideces del hombre
son profundidades en la mujer
y aunque vencedor se crea el pobre
es ella la que goza de placer.
Mientras en uno no son sino derrotas
en ellas se acumulan las victorias

y solo su pérdida la notas
por su embarazada forma notoria.

Sin embargo, siempre las buscamos
y sin su aroma no podemos vivir
como un narcótico en cuyas manos
nos entregamos sin resistir.

Al florecer la juventud intrépida
nos asaltan los deseos incontenibles
y sin poder detener la rápida
acumulación de deseos terribles
vamos tallando nuestra lápida
al abusar del deseo perecible.

¡Oh! divinidades femeninas del Olimpo
conserven mi virilidad todo el tiempo.

Cuando hemos logrado traspasar
la barrera de los treinta,
creemos con ello alcanzar
la medida que apacienta.
Mas en cuanto las suaves curvas
de una muchacha voluptuosa
pasa ante los ojos, nos turba,
la sangre vuelve tumultuosa,
todo en nosotros se perturba
y en nuestro lecho la queremos generosa.

Pasada ya la cincuentena

creyendo olvidados los ardores
no sabemos si es una condena
o de los dioses sus favores.
Logrado apaciguar la fiebre
creemos hallar la paz buscada
pero ágil como la liebre
salta nuestra cosa privada
y entre los muslos se pierde
la calma tan largamente deseada.

¡Oh! Divinidades femeninas del Olimpo
conserven mi virilidad todo el tiempo.

Con setenta años en el cuerpo
creemos no poderlo resucitar,
logramos por fin lo nuestro
que era poder descansar.
Pero aparece ante la vista
la imagen dorada de la mujer,
sus senos, su boca, su carne lista
para el ataque del placer
y no hay edad que se resista
aunque signifique perecer.

Cuando en el lecho nonagenario
en espera del suspiro final
creemos que todo fue imaginario
que nada es verdadero o real,
estamos por fin dispuestos

a lograr la anhelada tranquilidad.
Pero algún gracioso deshonesto,
como despedida a la eternidad,
nos mete una niña al aposento
y nos levanta la envejecida virilidad.

Muertos al fin y en una fosa
lejos de los carnales deseos
no falta la visita de una moza
que en medio de sus paseos
sobre nuestra tumba se orina.
No hay así forma de escapar
cuando vida y muerte nos destina
de toda mujer ser el par;
y si el placer siempre nos anima,
¿Qué más podemos esperar?

Una sola verdad resulta de todo
y que no por mucho dicha es menos cierta
y es que, de cualquier modo
somos unos fornicantes de mierda.

¡Oh! Divinidades femeninas del Olimpo
conserven mi virilidad todo el tiempo.

LIBRO QUINTO

—Ha sido un himno magnífico, sin duda —dijo Aristófanes.

—Estoy de acuerdo —dijo Diógenes quién desmontaba en ese momento.

Timón, en cambio, se dedicó a liberar toda clase de gases que hicieron escapar insultos a los presentes.

—Este Timón está lleno de vientos. Ahora comprendo su misantropía.

—Seguramente no encontró otro individuo tan pestilente como él que lo soportara —secundó el dramaturgo al filósofo.

Las muchachas taparon sus narices con pañuelos y se alejaron del indeseable que bebía un jarro de vino en ese momento.

—Creo que podemos seguir con las historias —dije presuroso, tratando de calmar a los presentes que comenzaban a enfurecerse contra Timón. Este les lanzó una mirada vi-driosa y se sobó la panza. Temí lo peor, sin embargo, nada sucedió. El hombre se arrojó de bruces sobre unos cojines y se quedó mirando a los demás.

—¿Quién sigue? —preguntó con ingenuidad

Aristófanes le lanzó una mirada asesina y prefirió olvidar el asunto.

—Que siga Aurora —ofreció Asdepías.

La muchacha se levantó del lugar en que estaba y caminó el centro de la habitación. Su piel, suavemente dorada, era elástica, tersa, perfecta. Las largas piernas se movían con un compás perfecto que hacía resaltar sus formas levemente gruesas y voluptuosas.

—Mi historia difiere radicalmente de todas las narradas —dijo con voz suave, aunque algo aguda—. Mi caso ha sido el opuesto que el de mis amigas y si hoy me encuentro en este lugar, no es por necesidad, sino por gusto. Nada más bello en esta vida que a una le paguen por hacer lo que más le gusta. Y a mí me encanta fornicar: no hay placer más bello, más completo, más perfecto...

—Muchacha, no conoces los placeres de la buena mesa —dijo Aristófanes

—Ni los placeres del oído y de la vista... —continuó Diógenes.

—...los que finalmente no concluyen sino en sensibilizar nuestra potencia sensual... —remató Aurora sabiamente—. ¿Acaso no dejáis siempre la fornicación para después de la comida, como un postre? ¿Acaso no ambientáis el placer con suaves melodías? ¿Acaso no es la belleza de las curvas, sonrisas y cavidades lo que despierta vuestro mayor placer? El lecho es la culminación de todos los demás placeres, que no vienen a ser sino un complemento.

—Esta muchacha si sabe de placeres —dijo Diógenes.

—Pero ¡Narrad vuestra historia! —le exigió Aristófanes.

Timón ahogó un eructo con la mano, lo que todos agradecemos.

Aurora cruzó las piernas en posición loto y echó el cuerpo hacia atrás haciendo resaltar sus redondos y turgentes senos. Pasó la lengua por sus labios para humedecerlos y

miró hacia el cielo, para recordar un pasado no muy lejano, pero sí muy movido.

El Relato de Aurora

—Tenía catorce años cuando viví mi primera experiencia sexual. Me encontraba jugando en un granero cuando oí los gritos de una muchacha que entró corriendo al edificio, muy cerca de donde yo estaba. No podía verme pues me separaba de ella un entablado muy alto, pero lo suficientemente agrietado para permitirme una buena visión.

"Un muchacho entró tras ella y caminó lentamente hacia donde ésta se encontraba. La muchacha no dio signos de preocupación. Por el contrario, se desató el lazo que retenía su vestido y éste cayó al suelo dejándola completamente desnuda. Por su parte, el galán fue desprendiéndose de sus ropas hasta que, al llegar junto a la muchacha, se encontraban los dos tal como Venus y Marte en su primera noche.

"Desde mi escondrijo pude seguir todas las alternativas del encuentro, primero con inquietud y luego con avidez. El primeramente hundió su cabeza entre las blancas piernas de la joven, la que gemía y se movía como si la picaran millares de hormigas. Cuando el muchacho decidió ingresar por la puerta ancha, ella lanzó un grito de placer y así estuvieron gimiendo y gritando y moviéndose como condenados durante un buen rato.

"Me sentí húmeda, pues estaba sudando copiosamente. Sin embargo, tenía la boca seca. Los ojos se me entrecerraban y sentí deseos de unirme a la pareja para saber de aquellos placeres. Pero un ruido repentino los sobresaltó, se le-

vantaron y salieron corriendo, interrumpiendo bruscamente la lucha amorosa.

"Luego de aquella experiencia estuve fantaseando sobre cómo sería hacer el amor con éste o aquel, sin nunca atreverme a ello. Una tarde en que volví a casa del mercado antes que mi padre, a quien lo acompañaba de vez en cuando, tuve una sorpresa tremenda. Al escuchar ruidos en la habitación de mi madre, me asomé sigilosamente y allí estaba ella disfrutando del máximo placer con un muchacho que llevaba la mitad de los años de mi padre, aunque el doble de su hombría.

"Me dio mucha ira aquella infidelidad y decidí correr donde mi padre para prevenirlo, pero no lo pude encontrar en el mercado. Supe que había ido a hacer algunas cobranzas en una calle próxima y logré, luego de algunas vueltas, encontrarlo en casa de una joven costurera, quién junto con su hermana, disfrutaban del apéndice pecador de mi padre.

"Bueno, me dije; si mamá y papá se engañan mutuamente, nada que hacer. Como diría un comerciante, deudas recíprocas de igual proporción se anulan mutuamente. Decidí callarme la boca y como aquello, al parecer, no era malo para ellos, no tenía por qué ser malo para mí, por lo que me preparé para buscar a un buen ejemplar masculino que me introdujera en los placeres con toda la delicadeza que aquella violenta necesidad puede permitir.

"Pero mis planes se vieron frustrados pues dos días más tarde mi padre me anunció que mi matrimonio ya había sido concertado. En un principio estaba yo feliz, ya que podría entrar al placer por la vía legal, pero cuando supe que el marido frisaba los ochenta, pesaba más de cien kilos y bebía diez botellas del grueso vino de Falerno al día, podéis

imaginar mi decepción. Con esta suerte, pensé, si no muero virgen, se va a deber, quizás, a alguna violación callejera.

"El marido resultó poco cooperativo pues, desde un comienzo, me abandonó al cuidado de dos hermanas viejas y feas, y por lo mismo solteras, que ponían tanta preocupación en proteger mi virginidad como en perder la propia, cosa que difícilmente conseguirían dado sus magros atractivos físicos. Así que podéis daros cuenta de mi desesperación, esperando ser penetrada con desesperación, languideciendo por un hombre, cuando otras no hayan cómo sacárselos de encima ¡Injusta es la diosa del destino!

"Tres años en esa soledad y el vejete estiró la pata. Entonces pensé quedar liberada de toda obligación y, además, con fortuna, pero las cochinas hermanas negaron mis derechos pues el matrimonio no se había consumado. Un breve examen demostró que yo era tan virgen como la estatua de Minerva, por lo que se le dio la razón a las dos arpías que quedáronse con todo y me mandaron de vuelta donde mis padres.

"Estuve así varios meses hasta que un nuevo partido salía a mi encuentro. Esta vez era un soldado de dilatada carrera, representante en una lejana provincia. Vendría a buscarme en un par de meses y ya podía sentirme en brazos de un gallardo guerrero que clavase en mí su lanza... ¡Ay! ¡Cómo soñé! Porque al final no fue más que eso, un sueño, ya que el navío en que mi futuro jinete iba a mi encuentro se hundió sin dejar sobrevivientes. Fatal suerte esta que me impedía los placeres conyugales a toda costa.

"Por un momento pensé seriamente en irme a un convento de vestales. No pude ingresar ni siquiera al monasterio de prostitutas sagradas, que era mi última carta. Me rechazaron por ser virgen. ¿Pueden imaginarlo?

"Pasó otro año en que mi bajo vientre sólo se veía invadido por gases, y creía morir de desesperación. Entonces llegó la noticia que el cónsul Suetonio, de treinta años, pedía mi mano, sin dote de ninguna clase.

"Se arreglaron los aspectos legales y, por fin, viajé al lecho conyugal sin tropiezos de ninguna clase. El impedimento era peor de lo que pensaba. Mi nuevo marido gustaba de los placeres sexuales con el mismo equipo, lo que en buen lenguaje significa que era maricón. Me explicó que su matrimonio era con el único fin de cubrir apariencias, que podía acostarme con quien quisiera, que tenía a mi disposición una gruesa suma, pero que lo dejara en paz. Comprenderéis, queridos señores, que sentí deseos de patearle la que no usaba correctamente, pero finalmente me avine. Si soy libre, me dije, libre me entregaré.

"Pero el asunto no salió fácil. Como Suetonio era temido por amigos y enemigos, dado su carácter irascible, ningún hombre se atrevía a acercárame a menos de diez pasos de distancia. Yo, como podéis percibir, ya estaba bizca de necesidad, ofreciendo mi belleza, mi juventud y mi virginidad inmaculada, y los hombres huyendo de ella como de la peste.

"Aproveché una oportunidad de viaje y me embarqué rumbo al África, en un viaje de mi marido, sólo para ver si en aquel continente encontraba la verga que me liberara de mi prisión. Pero el viaje fue accidentado. Nos asaltaron unos piratas que asesinaron a medio mundo, entre ellos, a Suetonio. Me hicieron prisionera, y el capitán de los piratas, que era un hombrón enorme, me llevó a su habitación.

"—¿Vais a violarme? —le pregunté.

"—De ninguna manera —me contestó mientras me encadenaba a su cama—. Sois una buena mercancía y puedo

venderos como esclava a un buen precio. Si alguien te tocara, perderías notablemente tu valor.

"Tuve deseos de rogarle que me fornicara hasta los dientes, pero después pensé que un imbécil para quién el dinero era más importante que el placer que mi belleza y mi deseo le podían ofrecer, no tenía derecho a gozarme.

"Quiso el destino que nos atacara una tormenta terrible que estrelló la nave contra unos roqueríos. Fue para mí una suerte estar encadenada a la cama, ya que ésta flotó y me arrastró hasta una pequeña isla. Allí me encontré finalmente sola, abandonada de los dioses y los hombres. Especialmente de esto últimos. ¿Qué castigo es este, Minerva — exclamé—, cuyo motivo desconozco? ¿Es que he cometido algún salvaje sacrilegio? ¿Es que no merezco vivir como toda mujer? ¿Llegaré a anciana con mi triste virginidad a cuestas? Nada más pesado que el fardo de los recuerdos vacíos...

"Una nueva esperanza brilló en mi cruel vivir. La isla estaba habitada por un hombre. Me acerqué a él y éste me recibió con mucho agrado. Me dio de comer y me abrigó con un fuego. Después me contó lo tranquila que era aquella isla, olvidada por los dioses y abandonada de los hombres. ¡Qué gran analogía con mi propia vida, por lo que decidí bautizarla con mi nombre! ¡Aurora! A él le encantó la idea. Y como era un buen poeta, hizo algunas rimas y cantó algunos versos con no mala voz. Lo vi tan alegre y divertido con la situación y me le acerqué, ofreciéndole mi boca. Cuál no sería mi espanto al ver que me rechazaba.

"—No tenéis que hacer nada de eso— me dijo—. Conmigo, vuestro honor está seguro, pues jamás podría tocaros.

"Y era cierto, pues era un esclavo eunuco que había hui-

do de un patrón perverso. Y heme a mí allí, en una isla solitaria acompañada de un hombre incompleto. Pueden darse cuenta de que en ese momento yo no era más que una desdicha hecha carne. Lancé un hondo suspiro y pensé que era mejor entregarme a la triste realidad: estaba destinada a morir virgen.

"Pasé un año en esa situación hasta que un barco llegó a la costa. Mi amigo eunuco no quiso que lo rescataran y se escondió, pero yo decidí partir, aunque mi ánimo no era muy alegre. El barco era de comercio y la navegación fue tranquila. En las mañanas salía yo a cubierta a mirar el oleaje. Entonces notaba que los marineros me observaban con cuidado. Pensé que no estaban perdidas mis esperanzas. Pero un balde de agua fría me cayó encima. El capitán me pidió que no saliera nuevamente a cubierta pues los marineros, supersticiosos hasta lo ridículo, pensaban que una mujer a bordo traía mala suerte y habían planeado echarme por la borda. Sin duda una mujer a bordo era mala suerte, pero solo para sí misma.

"Llegamos a destino y desembarqué, de noche y sigilosamente, antes que se les ocurriera hacer algo en mi contra. La ciudad era pequeña y no había otra cosa que cantinas. Entré a una y mi aspecto miserable llamó la atención de los hombres que allí se encontraban. Creyéndome una leprosa, comenzaron a arrojarme objetos y hube de escapar raudamente antes de ser lapidada.

"Fue entonces cuando encontré a mi amiga Asdepías. Lloraba yo junto al arroyo, pensando en lo benéfico que sería para mí el hundirme en aquel fango y morir de una vez por todas, cuando su mano amiga tocó mi hombro.

"—¿Tenéis tanto pesar? —Me dijo.

"Yo la miré y me arrojé a sus brazos llorando. Entre sollo-

zos logré ponerla al corriente de todas mis desgracias. La pobre Asdepias no podía creerme y me miraba como si yo estuviera loca. Entonces hube de jurarle que estaba en todas mi facultades. Ella me explicó que tenía remedio para mi pesar y me puse en sus manos.

"Tuvo una idea magnífica. Me preparó un baño perfecto, me perfumó y me vistió ricamente. Después me llevó a un gran salón donde había una veintena de hombres. Dos médicos certificaron mi virginidad y Asdepias comenzó la subasta. Ni siquiera creeréis la suma alcanzada. ¡Treinta piezas de oro! Y solo para el primero. El segundo pago quince y el tercero, ocho. Hubo un cuarto que dio cuatro, cuyo precio he mantenido hasta hoy.

"Ya podéis imaginaros mi regocijo al lograr por fin mi anhelado deseo, no una, sino cuatro veces consecutivas, con varones bien dotados y con muchas ganas, pues quien paga treinta, quince y ocho piezas de oro no malgasta su dinero.

"A partir de ese instante me hice discípula de Príapo, a quién llevo en mi mente, mi cerebro y, de ser posible, entre mis piernas".

Se hizo un profundo silencio. Me di cuenta de que la historia había impactado a las tres ilustres sombras, las que daban indicación de no estar plenamente convencidos de la entera veracidad de ésta.

—Si dudáis de lo que os he narrado— dijo Aurora— os puedo dar detalles que sin duda os demostrarán mi absoluto apego a los hechos.

—Francamente —dijo Diógenes al fin— tu historia es tan increíble, que con toda seguridad es cierta hasta el mínimo detalle.

—Comparto tu opinión —dijo Aristófanes—. Yo mismo

compuse algunas obras históricas como "Las Nubes" y "Las Aves".

—No cabe duda que son históricas —interrumpió Timón— pues se sustentan en el aire como todas.

—Siempre he pensado que no hay fantasía más grande que la realidad, y que los inventos del hombre no son sino pálidas ridiculeces.

—Correcto, querido Aristófanes —apoyole Diógenes—. Si no, recordemos Troya y el caballo.

—¡Yegua! —exclamó Timón— Nunca le pusieron verga.

—Creo que para el asunto es lo mismo. —dijo Aristófanes algo irritado.

—No, no. No es lo mismo —insistió Timón—. Míralo desde esta perspectiva: la salida de los soldados del vientre del animal es como el nacimiento de una nueva hegemonía y si hablamos de un caballo, la cuestión se vulgariza.

—Pero si habláis de la Yegua de Troya, cualquiera va a pensar que os referís a Helena.

—Creo que Aristófanes tiene razón —intercedió Diógenes— Lamentablemente, "yegua" es una palabra con fuerte contenido peyorativo, por lo que resta dignidad al hecho histórico.

—¡Me cago en el hecho histórico!

—Ya volvemos a lo mismo —gritó el dramaturgo—. Este cagón me aburre

—Si me permitís —acoté— creo que nos estamos desviando un poco del tema.

Timón volvió a hablar con la boca llena de fruta.

—El tema, Pornócrates amigo mío, somos nosotros.

Aurora se puso de pie y tomando un jarro de vino bebió un poco y el resto lo hizo correr por su pecho, con el fin de refrescarse.

—Perdonadme, maestros —dijo—, pero si para vosotros es tan importante que la bestia de Troya haya sido macho o hembra, no puedo sino pensar que os resultan más interesantes los accesorios que lo fundamental. Quién sabe si fue una mula que, como sabéis, son estériles pues es un animal híbrido. ¿Qué hubiera sucedido si hubieran diseñado una tortuga?

—Los troyanos hubieran hecho sopa —dijo Timón.

—¡Exacto! Y la historia de la guerra de Troya hubiera terminado en una cacerola —sentenció Aurora—. ¡Venid, maestro Timón, tomad mi Troya con vuestro animal, cualquiera que este sea!

—¡Allá voy, Helena...! —dijo y parándose de un salto se arrojó luego sobre la muchacha que lo esperaba sobre los cojines.

—Bueno —dijo Diógenes—, mientras ese cagón disfruta, podemos nosotros discutir si Aurora ha sido sincera.

—Yo opino que sí. ¿A quién se le podría ocurrir tal cantidad de tonterías? Siempre, cuando alguien dice que algo es increíble, yo comienzo por afirmar que es cierto. Es la ley.

—¿La ley? —quise saber.

—Así es, querido Pornócrates— me contestó el dramaturgo—. Uno siempre cede ante las mentiras que parecen verdad, no porque lo sean, sino porque a nosotros nos gustaría que así fuera. Si esa verdad que adorna aquella mentira está dentro de nuestros deseos, lo aceptamos. Así es como trabajan los políticos, nuestros insignes demagogos. Si te niegas a aceptar aquellos trozos de verdad con que adornan sus discursos, te quedarías con toneladas de mentiras estúpidas carentes de imaginación.

—Eso es obvio —dijo Diógenes—. El político debe ser, ante todo, carente de imaginación, pues ésta puede llevar-

lo, por error, a la grandeza.

—Para ser un buen político, se ha de ser mediocre, ya que la política consiste en el arte de gobernar y para gobernar, hay que mentir mucho y soñar poco. Cuando aparece un soñador, por seguro tendremos un tirano.

—Es así como la verdad hay que buscarla en las locuras más increíbles, pues las cosas sensatas, por lo general, son falsas.

—Eso me recuerda a aquel sabio que solo decía cosas sensatas; todo el mundo acudía a oír su palabra, pues jamás salía de su boca algo que turbara la razón.

—¿Y qué sucedió?

—Después de muchos años de ser considerado un oráculo al que acudían gobernadores, sátrapas, políticos de todas clases y partidos (que los hay mucho de unas y otros), padres de familia, madres solteras y casadas, ancianos y jóvenes, en fin, toda la fauna de mediocres que dependen de cerebros ajenos pues los propios no funcionan muy bien, después, como decía de generaciones de admiradores, se vino a descubrir que aquel anciano estaba más loco que un gato en un saco. Era original de Persia, entendía muy poco nuestro idioma y había vagado por el desierto donde una insolación le había secado el seso. Y todos los hombres admiraban su cordura.

—Pero en ello hay una contradicción, Aristófanes amigo mío, y es que si el hombre estaba loco, al final era más sensato que los sensatos, pues sus consejos contenían esa porción de locura necesaria para tragar este trago amargo de la vida.

—¿Eso significa —dije— que el anciano, al estar loco, tenía una visión más clara de la realidad?

—No, hombre. El problema es que los cuerdos no tie-

nen visión de ninguna clase. Los poetas, los artistas, los soñadores y los locos tienen alguna visión de la realidad: el resto de la humanidad, es decir, la mayoría, es absolutamente prosaica y no tienen inteligencia ni siquiera para percibir su entorno. Por eso necesitan de los ojos de los visionarios. Y a falta de ellos, de los charlatanes.

—En el país de los ciegos el tuerto es rey.

—Exacto.

—¿Podemos conjeturar entonces que Aurora ha dicho la más sensata verdad? —pregunté ingenuamente.

—¡Calla, pedazo de imbécil! ¿Cuándo la verdad ha sido sensata? No has entendido nada de lo que hemos estado diciendo. Si la verdad fuera sensata la humanidad hubiera muerto de aburrimiento al segundo día de haber aparecido sobre la superficie de este cochino planeta.

—Así es, la verdad tiene siempre un porcentaje de locura, de villanía, de sensualidad, de perversidad, pues su finalidad es destruir nuestro esquema establecido y ponernos sobre otra base. ¿Por qué crees que existen los fanáticos? Son los cobardes que no se atreven a enfrentar la vida y prefieren apegarse a la sólida base de una doctrina pusilánime. Los grandes hombres siempre están dispuestos a saltar, a cambiar, y a caer si es preciso, pues los chichones de la verdad son hermosos.

—Más aún —continuó Diógenes—; esos chichones son para despertarnos, para evitar que nos adormezcamos en alguna mullida mentira. Los grandes hombres debemos estar siempre dispuestos a dejar los placeres por los sacrificios y los sacrificios por los placeres. Cuando seas capaz de actuar de manera que nadie pueda predecir tus actos, excepto tú mismo, entonces habréis cruzado el umbral de la sabiduría.

—El umbral que yo he cruzado —dijo Timón volviendo al grupo — ha sido magníficamente sabio...

—Me congratulo por ello —dijo Aurora en un suspiro.

—Esos umbrales no aportan mucho... —dijo Diógenes.

—Por el contrario —exclamó Aristófanes—. Desde aquellos portales el camino hacia la sabiduría se hace mucho más liviano. ¿Es que acaso habéis encontrado a algún gran pensador que no haya sido un gran fornicante? Y no mencionéis a Sócrates, por los dioses del Olimpo, cuya cabeza defecaba inmundicias y simiente de fanatismo.

—Estoy de acuerdo. ¿De ello ha de provenir la semejanza entre las palabras "seso" y "sexo"?

—Son una misma cosa, amigo mío.

—¡Entonces Aurora no perseguía sino conquistar la inteligencia por la vía inferior!

—Exactamente. Dime acaso, ¿puede considerarse completo un ser que no ha disfrutado de los placeres de la carne? Se puede considerar completo al pobre, al idiota, al obrero, hasta al magistrado y al político, pero al abstigente, ¡cáguelo, Zeus con todo el estiércol que Hércules limpiara de los establos famosos!

—Aurora, pequeña mía —dijo Aristófanes— podéis consideraros una sabia mujer.

—¿No queréis que os haga un poquitín más inteligente? —dijo Diógenes.

—Nada más de mi agrado, noble señor.

—Cuidado —dijo Timón— que ese cínico os puede enseñar las tablas de multiplicar, que es la más inútil enseñanza que se le ha ocurrido al humano cerebro.

—¿Inútil? —pregunté.

—Claro. ¿Acaso encuentras algo en la naturaleza que crezca tal como las tablas lo señalan? Con esas tablas se ha

construido el ataúd de la imaginación. Allí entierran la sabiduría de los niños.

—Ello es tan exacto —agregó Aristófanes— que, si observas la naturaleza, descubrirás que uno más uno siempre es igual a tres...

Preferí guardarme mi opinión. Por lo demás, tanto Diógenes como Aristófanes volvían a *intelectualizar* con las muchachas. Timón bebió otro jarro de vino y tomando a dos de las muchachas, se arrinconó con ellas.

Aproveché entonces de tomar papel y lápiz, y tomé notas sobre lo dicho en aquella sesión. Solo que no me quedó muy clara la categoría en la que ubicaron el relato de Aurora. Pero, en fin, que importaba eso...

LIBRO SEXTO

—Mi historia tiene mucho en común con la de Aurora —dijo Egina—, aunque mi vida, en general, difiera totalmente de la de ella y de las demás. A decir verdad, yo provengo de una familia de cortesanías de muy antigua tradición. Soy la vigésima en línea directa por madre en ejercer esta profesión.

—Eso sí es un gran mérito —díjole Aristófanes—. La vuestra es una profesión muy noble y provechosa.

—Así es —apoyole Diógenes—, es una de las pocas en que siempre se da más de lo que se recibe.

—Según desde el punto de vista que lo veáis —interrumpió Timón—. No olvidéis que el hombre es siempre un sufragante y la mujer, una depositaria.

—Sin embargo, el depósito lleva implícito el beneficio del sufragante. Ningún voto va en vano...

—A veces sí. Algunos tienen poca pimienta y sus dardos se disparan solos...

—De acuerdo, pero debéis considerar —continuó Timón— que la mujer recibe en moneda y en placer lo que el hombre solo recibe en placer. Así que no concuerdo en que la mujer de más de lo que recibe.

—Y yo debo apoyar al venerable Timón —acotó Egina— pues en algún aspecto tiene muchísima razón, y lo veréis en

el relato mismo de mi historia.

—¿Decías —interrumpí— que pertenecéis a una larga línea de cortesanas?

—Así es. De generación en generación, o degeneración según queráis verlo, hemos sido instruidas para el negocio de la carne y del placer. Son casi cuatro siglos de servicios interrumpidos, desde mi antepasada, la ya mítica Eunoe.

—¿Cómo estáis tan segura de las fechas? —quise saber, intrigado.

—Pues porque todas ellas guardaron registros de sus existencias

—¡Eso es fantástico! —exclamó Aristófanes.

Yo salté como una pantera en celo... más o menos.

—Supongo que no tendréis inconveniente en mostrármelos —quise saber ansioso.

—Ninguno —me dijo Egina muy contenta—. Por el contrario, feliz estaría que un autor de vuestra categoría los analizara y los publicara.

—Me hacéis un gran favor con ello —exclamé, contento de haberme encontrado dicho tesoro¹.

—En general, todas ellas ejercieron aquí en el Bizancio y tuvieron, en algunas épocas, relaciones muy encubiertas. Me refiero a emperadores, emperatrices y hombres de gran importancia, así como artistas, filósofos y gente común.

—Bueno, bueno —dijo impaciente Timón—. Pasa ahora a relatarnos tu historia.

¹ De aquí provienen las "Crónicas Bizantinas" redactadas por Pornócrates, tomando por base estos escritos ya lamentablemente extraviados. Se piensa que una copia se guarda en la Biblioteca Vaticana, junto al Tercer Secreto de Fátima, pues la revelación de dichos escritos podría trastornar ciertos criterios morales defendidos por la Iglesia Católica.

El Relato de Egina

—Decía, pues —continuó Egina—, que mi madre Timoxena vino a echar a perder una larga tradición debido a su desmesurada ambición. Luego del prestigio que mi antepasada Eunoe logró en base a aventuras que pueden compararse con las de Ulises y quizás aún con las del mismísimo Hércules, vino mi madre a ponerle término sólo por querer sacar una tajada infinita de un pastel pequeño. El pastel, claro está, era yo.

"Cuando cumplí los trece años —continuó Egina luego de tender a todo su largo el hermoso cuerpo de que era portadora sobre los suaves cojines de seda—, como a la pequeña Paniquis, decidió mi tía Fluxia que era momento de mi desfloración para que ingresara al negocio familiar. Pero al verme mi madre tan bien dotada por la naturaleza, quiso sacar de ello algún provecho. No fue contraria en opinión mi tía Fluxia, que además de ser también cortesana, o debo decir, haberlo sido en su juventud hacía ya muchísimos años, se desempeñaba actualmente como nigromante, que es la profesión que le queda como jubilación a las putas viejas.

"Mi madre que se encontraba también en situación de hacer graciosa salida de *eskene*, había aprendido las artes de los brebajes, que es la mejor remunerada de todas las artes nigromantes. Y puso en práctica todos sus conocimientos para lograr de mí un buen capital.

"Una noche en que la casa estaba especialmente concurrida, tuvo la idea mi madre de hacerme aparecer sirviendo el vino. Me vistió con la mayor gracia posible, pero con gran

sencillez y sin usar nada de joyas, que son los artilugios de las feas. Mientras me paseaba entre los clientes sirviéndoles el vino, pude notar que todos ellos me miraban con ojos voraces, hecho que, evidentemente, no escapó de la atención de mi madre.

"Entonces, uno de los concurrentes, un viejo gordo y ebrio que tenía un importante puesto y era muy rico, preguntó a mi madre si yo estaba disponible.

"—¿Cuánto ofrecéis por una virgen? —preguntó ella.

"Ante esa proposición el hombre sintió que su apetito aumentaba considerablemente.

"—Te doy veinte monedas de oro— le dijo en voz queda.

"—¡Me insultáis! —exclamó mi madre— Eso me pagaron a mí cuando ya todo el cuerpo de guardia Imperial me había pasado por encima.

"—¿Consideráis entonces que cincuenta monedas sea una suma razonable?

"—¡Cien! Ni más ni menos.

"Como podréis imaginar el saco del hombre tembló violentamente. Aquella suma era demasiado alta... Pero yo era una fruta demasiado apetitosa. Y, además, virgen.

"—Pero, ¿me aseguráis que es virgen?

"—Tanto como vuestra propia hija —le dijo mi madre.

"El hombre hizo una mueca extraña, pero luego se sonrió. Sacó subrepticamente el pago convenido y luego de entregarlo a mi madre, me miró con una cara de lascivia tremenda.

"Pasé a una habitación habilitada expofeso y detrás de mí entró el cliente con mi madre. Esta puso en su mano una copa que el hombre bebió con rapidez. Luego me miró con los ojos vidriosos. La boca le salivaba por las comisuras y una sonrisa ebria y viciosa navegaba de un lado a otro por

su rostro. Entonces, como ya estaba preparada de hacía mucho tiempo, hice mi parte. Me quité la única prenda que me cubría y el pobre hombre casi cayó de rodillas. Entonces me tendí en la cama. Él se me acercó, se sacó sus ropas mostrando un cuerpo obeso y grasoso y... se derrumbó a mi lado.

"Estaba total y completamente dormido. El brebaje que mi madre le diera había surtido efecto. Al rato ésta entró con un pañuelo humedecido en sangre de pollo, con el que manchó la cama. Yo pensé cuantos pollos habrán muerto con el fin de conservar una virginidad. En fin. Dejó mi madre la copa llena sobre una mesita y esperamos que el viejo despertara.

"Una hora después el hombre levantó la cabeza. Sentíase como si le hubiera pasado una manada de elefantes indios por la espalda.

"—¿Que sucedió? —preguntó.

"—¡Estuvisteis magnifico! —exclamé con una sonrisa.

"El pobre no sabía que pensar. Sonreía complacido, pero luego miraba el vacío tratando de recordar los pormenores de una lucha amorosa que jamás había sucedido.

"—¿Estuvo bien? —preguntó finalmente—, Al parecer bebí demasiado y no recuerdo nada.

"—Que bebisteis, si lo hicisteis —le dijo mi madre—, Y que cabalgasteis, también —y le señaló la mancha de sangre sobre la sábana—. Te habéis llevado la virtud de mi querida hija.

"Yo me levanté para marcharme, pero el hombre me tomó de un brazo

"—No os vayáis —dijo— Estoy dispuesto a pagar otra suma por vos...

"—Ya sabéis el precio —dijo mi madre.

"—¡Pero, si ya no es virgen! —exclamó el hombre— Te doy cincuenta monedas.

"—Está bien —dijo mi madre sin inmutarse—. Ya que sois un buen cliente...

"Yo no entendía bien que trababa. Recibió el dinero, sonrió complacida, me hizo volver al lecho y ofreció la copa al hombre, quién estaba sumamente sediento, bebiéndola de un sorbo. Cuando mi madre hubo salido, volvió el hombre al ataque y... nuevamente cayó a mi lado como una piedra.

"Había mi inteligente progenitora sacado ciento cincuenta monedas por mi virginidad y yo continuaba tan cual había nacido. El pobre viejo despertó, no pudo recordar nada, maldijo la bebida jurando no volver a tocar el vino, y se marchó. Entonces fue cuando mi madre cometió el error principal: decidió repetir la historia, no una vez más, sino varias veces, en una gira por todos los poblados importantes de Bizancio. Especialmente en la costa del Ponto Euxino, donde los nobles y los ricos tienen sus villas de descanso.

"Y fue su error pues, como veréis, la ambición termina siempre rompiendo el saco. Durante un tiempo nos fue bastante bien, logrando acumular una bolsa de más de dos mil monedas de oro. Entonces, cuando nos encontrábamos ya por regresar, nos informaron que un importante terrateniente de la zona deseaba conocer mi belleza. No necesitó mi madre más aliciente y partimos rumbo a la villa del interesado.

"El terrateniente era hombre joven y bien proporcionado. Era muy educado, muy complaciente y muy agradable en su trato para con nosotras. Inmediatamente yo me prendé de aquel galán tan favorecido de los dioses y determiné

que no habría engaño y se le entregaría por lo que estaba dispuesto a pagar.

"Setenta monedas de oro fueron suficientes y entramos a la habitación que él me designó. Entonces, cuando fue a beber de la copa que mi madre le había preparado, yo le contuve, le dije que de beber estaba bueno, que podía afectarle y que mi virginidad no podía esperar ya por su pronta aniquilación. Y quitándome mi ropa me tendí en el lecho. El me imitó y tendiéndose sobre mí, comenzó a acariciarme y a decirme lindas palabras al oído, en susurros que me hacían cosquillas.

"De pronto entró mi madre como una fiera, declarando que había sido estafada... Como no pudo explicar a qué se refería, ofreció la copa al terrateniente, pero éste, intrigado, se la devolvió, ordenándole a un esclavo la bebiera. El pobre siervo cayó dormido como si le hubieran dado un ladrillazo. Trató de defenderse mi madre alegando que habían cambiado la copa, pero de nada le sirvió. Entonces se la llevaron para darle de azotes. Y yo hubiera corrido igual suerte, pero al recordar que le había prevenido anteriormente lo de la copa, decidió perdonarme. Entonces hizo salir a todos, me obligó a contarle la historia de mi corta vida, luego de lo cual precedió o librarme del peso de mi virginidad para siempre.

"Salió de la habitación y volvió al momento con un amigo, a quien le dijo que podía hacer uso de mí como le placiera. El hombre aceptó encantado. Y la cosa no paró allí. A aquel le siguió el jefe de la guardia, la guardia completa, los siervos y los esclavos, lo que sumaba algo más de cuatro docenas

"—Eso —me explicó el terrateniente— es para que no te queden dudas respecto a tu desfloración, y como una ma-

nera de resarcir a quienes fueron vilmente estafados por tu madre.

"Supe que habían puesto a mi madre en una carreta y la enviaron a la Tartaria donde podía practicar la profesión libremente. Luego de un par de semanas en que mi habitación parecía desfile de sementales, el terrateniente decidió darme la libertad. Me entregó una moneda de plata, que es la que veis aquí atada en mi cuello, y me dijo que si volvía a verme en sus tierras o cerca de ellas, me despellejaría a palos.

"Volví, pues, a esta ciudad, abandonada de madre, en busca de mi tía Fluxia y recibí la triste noticia de su fallecimiento. Mientras preparaba una de sus pócimas secretas, cayó dentro del caldero y cuando la sacaron se había encogido tanto que para enterrarla bastó con una palada de tierra.

"Desesperada por dos razones, primero por mi soledad y segundo por ver cortada tan drásticamente la tradición de la familia, atesoré las crónicas de mis antepasadas, y abrí nuevamente la casa materna, con el fin de conseguir clientes, pero como la noticia de nuestra estafa ya era conocida, comenzaron a acudir de todas partes los engañados a exigir la devolución de lo estafado. Hube de vender la propiedad y todos los bienes para cumplir con aquellas deudas, pues no tenía a donde huir y quedé completamente en la calle.

"Allí me halló Asdepías, la que, con su infinita bondad, me dio asilo junto con sus otras discípulas. Desde entonces hace tres años que ejerzo para ella, después de veinte generaciones de cortesanía independiente y de primer orden".

—¡Soberbio! —dijo Aristófanes, aplaudiendo.

—Francamente —apoyole Diógenes— una historia digna de narrarse.

—Me alegro de que les gustara. Cuento, además, con su-

ficientes documentos que atestiguan la veracidad de lo narrado.

—No creo que vaya a ser necesario —le dijo Timón, mientras le acariciaba el hermoso cuello—. Yo, por lo menos, me doy por satisfecho con vuestra palabra.

—¿Confíaís en la palabra de una ramera? —preguntóle Asdepias.

—Más que en la de una mujer virtuosa —contestole—. Mientras la ramera nada tiene que perder con darla, la mujer virtuosa, pierde mucho al empeñarla en una falsedad. Y como ella piensa que todos pensamos eso, acostumbra a jurar sobre mentiras como verdades ya que nadie ha de pensar que expone su virtud. En cambio, la ramera, que todos dan por mentirosa, bien podría no ofrecer palabra ni testimonio ya que la mayoría de ningún modo va a creerle. Por eso cuando una ramera lo jura, yo le creo, y cuando jura una virtuosa, en el culo le doy con mi pie.

—Sensato, Timón —expresó Diógenes, quien sonreía misteriosamente—. Me acuerdo con lo que vos dijisteis de una historia que sucedió cuando era yo aún un galán. Había en Megara una mujer tenida por grande virtuosa, casada con uno de los más prominentes comerciantes del lugar. Su vida se desarrollaba en la más pacífica calma que era dado encontrar en aquellos lares.

"Pero quisieron los hados jugarle una mala pasada y, como vos decís, la mujer virtuosa es poco creíble, mientras que la ramera es por todos creída. Así fue como cierta noche todo el pueblo de Megara se despertó ante los gritos despavoridos de un hombre. Corrieron los hombres a las armas creyendo que se trataba de un ataque enemigo y ya se ubicaban en sus sitios para defenderse de tan silencioso e invisible ataque la ciudad, cuando alguien comentó que

los gritos eran de Agatocles, el marido de la virtuosa Silina. La razón de aquellos gritos era, como lo podéis imaginar, de índole amorosa. Había encontrado, Agatocles, en el jardín junto a la ventana de la alcoba de su mujer, a un joven muchacho, muy bello y muy dotado por la naturaleza en todos los aspectos.

"Furioso por los celos, acusó a Silina de infidelidad, de traición, de ramera y cuanta cosa le vino a su calva cabeza. Ella se defendió diciendo que jamás había visto al muchacho en cuestión, lo que era verdad según testimonio del intruso mismo, quien dijo que, pasando por Megara de viaje y no teniendo dinero para pagar un alojamiento, decidió introducirse subrepticamente en ese hermoso jardín y pernoctar bajo las estrellas.

"Como ambos decían la verdad, evidentemente nadie les creyó. Agatocles hizo objeto de los más deleznablez insultos que un cornudo puede hacer contra quien le corona de tal forma. No valieron súplicas, llantos ni promesas. Silina fue echada a la calle con lo puesto y condenada a vivir en la miseria.

"La mujer, que si bien era virtuosa no era estúpida, decidió que iba a vengarse de hombre tan canalla como su marido, quién retozaba con todas las mujeres que quería sin que ella jamás le hubiera hecho recriminación alguna. Como no era fea, pues le sobraban encantos, sólo en esa noche visitó a cuarenta de los más notables hombres de Megara con quienes se metió en la cama y a quienes a cambio les pidió hablaran a su favor.

"Luego de haber sido poseída por todos los varones con algún poder en la ciudad, todos fueron a rogar por Silina a casa a Agatocles el que, conmovido, decidió perdonarla y recibirla. Se vengó el quisquilloso viejo ordenando le dieran

una paliza al joven que había invadido su jardín con tan terribles con secuencias.

"Para Agatocles, Silina volvió a ser la más virtuosa de las mujeres y nunca más dudó de su honestidad, a pesar de que veía salir hombres continuamente de su alcoba.

"Fue así como el estúpido Agatocles portó frondosa cornamenta hasta el último de sus días por desconfiado. De haber creído en su mujer al primer momento, todo hubiera seguido normal, pero como dudó de ella, no le quedó a ésta más que hacer de la duda una verdad, ya que él había hecho de la verdad, una duda".

—Eso reafirma lo que dije —continuó Timón— que las virtuosas y las putas solo difieren en la condición económica.

—Y más aún —interrumpió Diógenes—, la principal diferencia entre una ramera y una mujer honesta, es que con la ramera uno siempre sabe cuánto va a gastar.

—Pero no nos distraigamos de nuestro asunto —Aristófanes volvió a intervenir—. Tenemos otra deliciosa historia, ésta de Egina, que debemos determinar su valor intrínseco.

—Yo la considero muy moralizadora —dijo Diógenes— pues enseña a no ser ambiciosas a las mujeres. Más vale recibir buen pago por una virginidad una sola vez, que perderlo todo por conservar algo que no presta utilidad ninguna.

—Así es, Diógenes— dijo Timón— La virginidad es para las mujeres lo que una puerta para un templo: Se trata de que los fieles pasen y no que se queden fuera.

—Alguien dijo también que la vida es una derrota permanente —comentó Aristófanes—. En la mujer lo es especialmente, ya que su vida comienza perdiendo la virginidad.

—Pero ganando en placer y en una más profunda visión del mundo.

—Exacto. Hay derrota y victoria.

—Yo no hablaría de ninguna de esas dos cosas —los interrumpió Diógenes—. Yo diría que la virginidad es útil mientras se desarrolla el órgano, y decorosa cuando el órgano se ha atrofiado por el uso.

—Pero, ¿cómo puede una mujer volver a ser virgen luego de perderla?

—En la castidad. La castidad es a los viejos tan necesaria como las mantas en las piernas.

—No estoy de acuerdo con vos —exclamó el dramaturgo—. Yo ya tengo mil años y cabalgo como en mis mejores tiempos.

—Estoy de acuerdo —secundó timón—. Pero si creo que el viejo debe ser cuidadoso, ya que no es propio de su edad andar clavando doncellas sin ninguna previsión. Con la edad se debe disminuir el interés o aumentar la discreción.

—Estoy de acuerdo. En el viejo la discreción en el amor es fundamental. Pero no podéis negarle el derecho al placer. Muchos viejos casan con muchachitas sólo para tener a su lado un cuerpo joven y ardiente, pierna suave, que le ayude a pasar más alegremente la más dura etapa de la vida.

—Sin embargo, volvemos a alejarnos de lo nuestro, que es la historia de Egina. ¿Decíais que era moralizadora?

—Así es. Altamente moralizadora, pues enseña, además, y en propia experiencia de la muchacha, que no importa cuáles sean las vicisitudes de esta vida, debe uno sobreponerse a ellas.

—Pero, ¿y qué me decís del total desaparego por la madre de la cual no supo ya más nada?

—¿Y por qué habría de tenerle apego a una madre que sólo buscaba de ella sacarle provecho monetario? Esa no era una madre, sino una administradora inescrupulosa. No le debe un cuerno.

—¡Comparto esa opinión!

—Estos —dijo Timón— siempre están de acuerdo en todo. Como no les dé por cabalgarse mutuamente...

—Además, es admirable su apego a la tradición familiar y eso es loable de por sí. Hay que rendir tributo a los antepasados, y que mejor tributo que mantener la profesión durante veinte generaciones. Lo hallo de una virtud extraordinaria.

—Más que eso, creo que merece una calificación aparte. Porque bien pudo la pobre Egina, luego de su experiencia desmoralizadora, haber tomado el camino de la virtud, destruyendo así cuatro siglos de ininterrumpida cabalgata, Espero, muchacha, que dejéis descendencia que tenga vuestro mismo espíritu familiar.

—Así lo espero yo también, señor mío.

—Creo que no tenemos nada más que comentar, por lo que podemos pasar a escuchar la última narración.

—¿Quién toca ahora?

LIBRO SÉPTIMO

—Señor, yo —dijo Circe, al parecer de ancestros del norte, pues su rubia cabellera, sus azules ojos y su piel blanca como la nieve, así lo delataban.

—Tenéis una dura competencia —le dijo Diógenes

—¡Ya lo creo! —exclamó la muchacha—. Pero no haré más que contar mi propia historia que tiene de original no menos que las otras, aunque sí creo que puede de ella sacarse mucha enseñanza.

—¿Lo creéis? —le interrogó intrigado Aristófanes.

—Pues, sí, señor. Pienso que mi experiencia, sin ser común, puede servir de ejemplo para muchas que, como yo, creyeron en la virtud y en la bondad.

—Bueno, bueno —se quejó Timón—. Déjate de vueltas y revueltas y lanza tu historia.

Circe avanzó al centro del rueda mostrando en su caminar todas las artes de la insinuación y la incitación femeninas. Timón se echó, de bruces, poniendo su cabeza sobre sus manos, afirmándose en los codos. Diógenes bebía vino con una mano, mientras con la otra acariciaba a Silene. Aristófanes, Entre Themis y Aurora, comía fruta. Yo me acomodé junto a una pared y tomé pluma y papel suficiente.

—Según se comenta siempre —inició Circe—, los hom-

bres aman a las bellas mujeres, pero se casan con las feas. Es quizá lo común y, pienso, debiera serlo siempre así para evitarse complicaciones. Así las bellas quedan destinadas al placer y las otras, al deber.

—Egoísta proposición, pero me gusta —dijo Timón soltando una carcajada.

El Relato de Circe

—Y veréis por qué. Los hombres que se casan con mujeres bellas son de dos tipos: los que la celan y los que la veneran. Los que las celan son terribles, pues parecen lapas pegadas a una sin dejarnos vivir en paz. Siempre temen lo peor, piensan lo peor y creen lo peor. Y generalmente aciertan.

"Pero esos hombres no me preocupan, sino los del segundo tipos, los que veneran a su hermosa mujercita. Mientras la idiotéz del celoso cansa por la persecución, la del venerador lo hace por la arrogancia, de la cual, siempre, han de aprovecharse los amigos más inteligentes o, por lo menos, despiertos.

"Tocome a mí por marido a uno de esta segunda especie. Empédocles llamábase todavía el miserable, aunque del filósofo solo tenía el nombre. A mí, debo deciros, siempre me dio la idea que su padre debía odiar al ilustre filósofo, pues ponerle su nombre a su hijo fue como lo hacen algunos que llaman a sus perros con el nombre de sus enemigos o adversarios para poder patearlos. Así pienso, recibió mi marido el nombre del pensador en agravio por alguna cosa.

"Decía, pues, que Empédocles demostró siempre tenerme una gran ternura y adoración, que en un principio me

agradaba muchísimo, especialmente cuando éramos novios. Pero una vez casados las cosas cambian y uno quiere menos ternura y más acción. Empédocles continuó amándome de la manera más pura, con amor platónico, si lo podéis creer.

"Llegaba yo cada noche arreglada y perfumada para una noche de placer, desvestíame yo insinuantemente ante sus ojos y el idiota no hacía más que suspirar, contemplarme y decirme que me adoraba con tal pureza que no osaría jamás tocarme. Yo le decía que con tocarme no me quitaría la pureza, sino que, por el contrario, podía llevarla a la altura de la gloria. Pero él insistía en su veneración.

"Una noche casi lo obligué a hacerme el amor como correspondía a un marido con varios meses de matrimonio: el hombre debe tomar lo que es suyo y gozarlo. Puso él tanta preocupación en, según él, no causarme daño, puso tanto cuidado y meticulosidad, que resultó tan entretenido como una tarde en el Senado. Cuando su pajarito me escupió me pidió mil disculpas, me lavó el nido y se tendió a mi lado a contemplarme.

"Pero no os alarméis, que aún falta. Su veneración por mi belleza no se mantuvo en una posición, digamos, privada, sino que se amplió a todo el círculo de amistades que nos frecuentaban. A todos comentaba mi gran belleza, gracia, inteligencia y alegría. Y tomó por norma el hacerme ir, contra las normas, a las reuniones de amigos que organizaba en casa, donde me hacía cantar y decir opiniones de los filósofos, luego de lo cual exclamaba que mi perfección era suma, pues a la inteligencia, los dioses habían sumado la belleza, dicho lo cual, me hacía desvestir ante todos ellos, quienes aplaudían a rabiar y se reían a gritos de este hombrecito estúpido que llevaba su amor platónico hasta tal ex-

tremo.

"A ello sumó, sobre todo lo demás, sus comentarios que yo era pura y que ni él osaba tocarme. Como comprenderéis, muchos de sus amigos se imaginaron mi estado de pasión, por lo que comenzaron a mandarme billetitos con insinuaciones poco decorosas. En un principio me escandalizó y se lo hice saber a Empédocles, quien se rió del asunto y comentó lo feliz que estaba de saber que era yo tan admirada por sus amigos. En ese momento me dije que no cometía falta si aceptaba alguna de esas proposiciones, pues si mi marido no quería hacer uso de sus prerrogativas, ¿por qué habrían de desperdiciarse y no podía aprovecharlas otro?

"Había entre todos ellos un romano especialmente atractivo, usando el pelo enrulado a la moda, las ropas muy bien cortadas y plisadas, muy elegante y garboso en el caminar y en el hablar. Me había llamado la atención desde un comienzo pues tenía para conmigo gestos de mucha consideración y respeto y yo pensé que, de tener un amante, es mejor uno que te respete y no un bellaco que además de llevarse nuestra honra, parta también con los haberes. Así fue como inicié la trama que me puso en este lugar.

"Aprovechando la adoración que Empédocles me tenía, Marcio, mi romano, se hizo partícipe de mi plan y se transformó en su gestor. En una de las reuniones que mi marido dispensaba generosamente a sus amigos, tomó la palabra y dijo a los presentes:

"—Querido y admirado Empédocles. Hay en ti, en tu presencia, una dignidad propia de un rey y, obviamente, no podía haber junto a ti sino una diosa que hiciera de vuestros pesares tenue espuma ante sus caricias y sus miradas. Todo gran hombre ha tenido junto a él una gran mujer. Y vos, señor, la tenéis mejor que nadie. Sin embargo, rara vez

aquellos hombres han dado a sus mujeres el premio que merecen y luego de años de fatigas y penurias, mueren en la vejez y el olvido. ¿Por qué, digo yo, por qué por una vez no premiáis a la mujer antes de la decadencia?

"—¿A qué os referís? —quiso saber Empédocles.

"—Me refiero, ¡Oh, magnánimo Empédocles!, a convertir a vuestra mujer en diosa viviente y construirle un templo de adoración digno de su belleza y pureza...

"Empédocles balbució algo ininteligible y sus ojos se llenaron de lágrimas, cayendo al suelo de rodillas.

"—¡Oh, Marcio amigo mío! ¿Cómo agradeceros vuestra proposición? Nunca a nadie se le había ocurrido tan grandiosa idea, digna, obviamente, de una divina mujer. ¿Cómo agradeceros?

"—Dejadme ser vuestro consejero y me habréis pagado —dijo Marcio con seriedad.

"Empédocles, desde ese momento, consideró a Marcio como uno de los sabios de la Grecia y dejó bajo su responsabilidad y criterio el diseño y construcción del templo, cuyo costo superaba el par de millones de sestercios, yendo, una parte importante, a bolsillos de mi amante.

"Al cabo de un año, el templo estuvo terminado y se inauguró con gran pompa y ceremonia, durando las fiestas dos semanas. Nunca se bebió tanto vino ni se comieron manjares más exquisitos en toda la comarca. Por último, cuando la borrachera estaba a punto de anularles el seso a todos, se dispuso mi ascensión como divinidad, lo que ocurrió de manera singular.

"Vestida con un solo velo blanco, caminé por un largo pasillo hasta una escalinata. Subí los treinta peldaños uno a uno con calma y una vez arriba me tendí sobre un altar de mármol rosa. Inmediatamente volaron por los aires cientos

de palomas blancas con cintas rosas en sus patas. Todos gritaron a una voz mi nombre y éste resonó dentro del templo como un trueno provocando en los presentes tal estupor, que cayeron de rodillas al suelo. Mi idea había sobrepasado la intención, original, que era solo conseguir un templete que me permitiera retozar con Marcio. Aquello se había transformado en un verdadero culto y no miento al decirlo que me preocupó por un momento.

"Pero, luego que continuó la fiesta y que todos se emborracharon y que por fin Marcio y yo nos pudimos escabullir a mi cámara privada donde nos abandonamos al placer, me felicité de que todo hubiera resultado tan magníficamente.

"Pero aquello no acabó allí. La existencia de una diosa viviente atrajo peregrinos de todo el mundo conocido que viajaban durante meses solo para tener el placer de verme por unos minutos. Las limosnas que aquellos peregrinos dejaban para el mantenimiento de mi templo le significaban a Marcio una entrada que dejaba pálida su fortuna familiar, por lo que el pobre se volvió cada día más codicioso.

"Cierta tarde en que me encontraba sobre el altar, desfallecida después de una noche apasionada con Marcio, no me percaté que el velo que me cubría se había deslizado, dejando al descubierto uno de mis senos y parte de la cadera. Uno de los peregrinos que se encontraba en primera fila era un pobre anciano con más años que Gea y menos dientes que un bebé. De pronto el hombre se puso rojo, luego blanco, para cambiar a un verde acaramelado, que acabó en un calipso tendiente a rosado.

"—¡Milagro! —gritó el anciano—. ¡Milagro! —gritó una y otra vez.

"De pronto todos fijaron su atención en el bajo vientre del viejo, desde donde aparecía una proa que ya se hubiera

querido un galán. Todos comenzaron a aplaudir y después de eso echaron mano cada cual a su apéndice pecador y me lo mostraban pidiéndome el milagro.

"Yo no atinaba a nada. Entonces, desde detrás de una columna, Marcio me hizo señas de que me quitara el velo. Inmediatamente hice caso y, no lo van a creer, pero fue una columnata impresionante lo que allí se levantó. Todos aplaudían y reían felices y me agradecían el milagro de haberles devuelto su adormecida virilidad. Como imaginareis, aquello quintuplicó las limosnas y con Marcio nos enriquecimos enormemente. Sólo que él empezó a perder interés a medida que aumentaba su riqueza, y nuevamente comencé a sentirme sola y abandonada.

"Por todo el mundo conocido corrió la noticia de mi milagrosa presencia que levantaba miembros moribundos y los ponía nuevamente en ejercicio, lo que me convirtió en la bienhechora de los desfallecidos, y muy especialmente, de las abandonadas. Solo que la única abandonada era yo. Así que decidí que, si Marcio no me apetecía, ya habría otro que tomara su lugar.

"Una tarde en que volví a desnudarme por enésima vez frente a todos aquellos decadentes seres provocándoles una reacción casi instantánea, divisé entre la multitud un muchacho joven que sobresalía por su belleza y sus atributos, así que le hice una seña para que se acercara, junto con indicarle a los demás que salieran.

"Subió el muchacho hasta el altar y lo hice tenderse boca arriba, posesionándome de aquella hirviente carne con desesperación. El pobre muchacho no entendía que sucedía, pues lo dominaba el pavor de sentirse utilizado por una diosa y desconociendo el destino que todo aquello le depararía. Una vez que me hube desahogado, le dije que se fuera

de allí, pero que volviera al día siguiente, no por el frente, sino por una pequeña puerta por casi todos desconocida.

"Así lo hizo él y durante un buen tiempo nos estuvimos solazando, creyéndome una diosa que lo favorecía como antiguamente le había sucedido a Ulises, a Hércules y otros héroes. Pero todo tiene su fin y el mío fue, tal como lo sospecháis, provocado por Marcio, cuyos celos fueron terribles. No le importaba lo del muchacho, sino el miedo a perder su fuente de riquezas. Entonces le amenacé con dar a conocer la superchería, con lo que se calmó, pero no por mucho tiempo. La verdad fue que el cochino solo esperó el momento oportuno para liquidarme.

"Una noche se quedó bebiendo conmigo hasta tarde. Sin darme cuenta me dormí profundamente. Mi sueño había sido causado por una droga. Entonces Marcio me tiñó todo el cuerpo con cáscara de nogal, dejándome negra como etíope y más fea y arrugada que una vieja puta de albañal. Por último, me arrojó en una cloaca, donde desperté dos días más tarde.

"Corrí al templo e intenté entrar, pero todas las puertas estaban cerradas. Fui a casa de Empédocles y lo encontré a éste en el momento en que salía rumbo a sus negocios. Me arrojé al suelo, le pedí piedad y le dije quién era, pero no me creyó, me insultó y me hizo azotar por sus esclavos.

"¿Qué había sucedido? Marcio había dicho que los dioses, admirados con mi virtud, me habían elevado al Olimpo, donde reinaba con ellos. El, claro, vendió los servicios del templo a unos sacerdotes y volvió a su patria más rico que nunca. Yo, en cambio, negra y hedionda, en la más absoluta miseria, estaba abandonada a la más negra de las suertes.

"Entonces conocí a Asdepías y le narré esta historia. Ella

me curó, me quitó la negrura de la piel y me dio la posibilidad de ganarme la vida haciendo lo que más me gusta. En fin, no me arrepiento de nada y, pasado el tiempo, tampoco guardo rencores. Fui una diosa y eso es, para mí, suficiente".

—Y para cualquiera —dijo, Aristófanes.

—No hay duda —interrumpió Diógenes— que estas putilas son de lo más singular: o son unas mentirosas de mierda...

—Aunque así fuera —le dijo el dramaturgo— no podéis negar que poseen un ingenio que ya me hubiera querido yo.

—Me late —dijo Timón luego de un largo eructo— que nos han metido el dedo en la boca.

—También habéis metido el vuestro, cochino cretino, y no precisamente en la boca.

—Me refiero a que todas estas historias son puras patrañas.

—¿Y cómo lo podéis asegurar?

—Pues es muy sencillo: vos las creéis.

—Viejo legañoso y podrido —gritó Aristófanes soltando una carcajada—. Partís de la base que somos unos imbéciles.

—Me congratulo con ello —dijo Diógenes.

—Como fuera —continuó Timón— acepto lo del ingenio, por lo que debemos dar nuestro premio a la más mentirosa...

—¡Justo! —dijo Diógenes— Vamos por parte.

Yo me apronté para transcribir lo más fielmente posible los juicios de aquellos grandes hombres, cosa difícil pues a Erina le atacó tal fiebre, negándose a soltarme el bastón.

—Sin duda la historia de Niobe ha de ser considerada por ser de carácter moralista.

—Igual a la de Themis, enfrentada a la infidelidad de su

marido e impedida ella de gozar del mismo derecho.

—No olvidemos la narración de Silene, también de carácter moralista pues deja en claro los peligros de los amores equívocos.

—Sin embargo, debo decir que fue Aurora la que me causó mayor impresión, pues en su historia hay varias virtudes notables: gran tesón y empeño en conquistar la meta, buen ánimo frente a la adversidad...

—Sin duda no se puede desconocer que es una historia singular. Pero la de Egina no lo es menos. Más aun, considerando que, según los documentos que guarda al respecto, es la única que puede atestigüarse fielmente.

—No estoy de acuerdo. En una familia de putas no hay virtud en ser la mayor.

—En eso os equivocáis. Así como muchos luchan por ser el mejor escultor, el más grande arquitecto, orador o militar, así hay mujeres que luchan por conquistar el cetro de la mayor ramera, cetro codiciado abiertamente por algunas y silenciosamente por la mayoría.

—Según vos, entonces, no habría mujer digna.

—La dignidad de la mujer virtuosa está en no abrir las piernas. La de la pecadora, en no abrir la boca.

—Eso sí es cierto. La discreción conserva más dignidades que la austeridad y la abstención.

—¿Abstención? —dijo Timón— ¿A qué mierda os referís?

—Me refiero a que más vale callar los pecados y pasar por virtuoso que darse maña en parecer virtuoso cuando habrá muchas bocas que han de desmentirlo.

—Sin duda que quienes publican sus pecados lo tienen a mucha honra.

—Pero son estúpidos.

—¿Por qué?

—Porque no han llegado a saber que la Hipocresía es la reina del mundo y que, a pesar de no haber hombre ni mujer libre de mancha, todos las callan y así se libran del juicio del vecino. Los pecadores que comentan sus pecados no hacen sino abrir la brecha que ha de destruir la sociedad, porque mientras los pecados se mantengan en la discreción, todo marcha bien, pero en cuanto caen en el descaro, todo se corrompe y se derrumba.

—¿Decís entonces que se puede pecar en silencio?

—No lo digo: sólo lo confirmo.

—En ese caso estáis dando la razón a Circe. Ella pecó en silencio y mira el resultado: terminó trabajando para esta puta roñosa —dijo señalando a Asdepías.

—Pero debéis concordar conmigo que fue innecesario tanto aparato para poder retozar con un romano ambicioso.

—Sí. Es cierto. Más te valía, ramerilla, haberte encamado sin más ni más, olvidando tanta faramalla inútil.

—Es que en cosas del amor todos se complican —dijo ella—. El amor tiene la virtud de despertar todos los sentidos, menos el sentido común.

—Eso sí es cierto, verdaderamente. No existe sentimiento más traicionero, artero, enemigo de los hombres y las mujeres, que el amor. Cuando se enciende la pasión en algún pecho, sin duda las calamidades han de estar cerca.

—Sin dudas. Por eso es preferible cubrirse de un manto de indiferencia, especialmente hacia el sexo opuesto. A las mujeres más vale tomarlas y dejarlas, que amarlas.

—Sois injustos —dijo Asdepías—. También merecemos ser amadas.

—¡Así es! —corearon las muchachas.

—Quizás vosotras, las pecadoras, merecáis ser amadas pues no hay dudas respecto de vuestra condición, pero ¡jamad a las virtuosas! Cuántos desengaños os habrán de dar.

—En esto estoy de acuerdo —dijo Timón.

—Yo también —declaro Aristófanes.

—En ese caso, premiaremos a todas estas muchachas por igual, pues todas ellas merecen la felicidad que les ha costado tanto conseguir.

—¡Así sea! —dijo Aristófanes—. Tomad vuestras copas: en cada una de ellas hay un brebaje que os hará mejores.

Las muchachas bebieron de sus copas con avidez y luego de haber acabado el contenido sintieron estremecerse sus cuerpos, los que adquirieron un brillo como de miel.

—Con aquello vuestra belleza durará mucho y vuestro placer también.

Asdepías, entusiasmada, quiso beber de un trago la suya, pero solo un puñado de monedas de oro cayó sobre su rostro. La mujer las recogió del suelo y las devolvió a Diógenes.

—¡Os las cambio por el brebaje de ellas! —le suplicó.

—Querida —le dijo Aristófanes—. Nosotros sólo podemos hacer regalos, no milagros.

Erina bebió de la suya y sus ojos relampaguearon.

—Vuestro poder —le dijo Timón— no tendrá comparación y seréis la más importante hechicera.

Yo me encontraba sentado en un rincón escribiendo todo aquello cuando los tres se dirigieron a mí.

EPILOGO

—Ha sido una reunión en extremo, excepcional —dijo Aristófanes—. En los próximos mil años podré solo entretenerme con su recuerdo.

—El habernos permitido conocernos, Pornócrates, ha sido un obsequio invaluable de vuestra parte. Creo que entre nosotros ha nacido una gran amistad.

—Excepto, quizás, por Timón.

—Me cago en la amistad. Pero si queréis que nos veamos de vez en cuando no me opondré.

—Ha comenzado a ceder su misantropía.

—Yo digo que debemos dejarle un presente cada uno a nuestro mortal amigo para que lo ayude mientras viva y lo haga acumular experiencias para la muerte. Así podremos recibirlo y escuchar de él infinitas aventuras.

—Estoy muy de acuerdo, Diógenes —comentó Aristófanes—. Como yo soy el escritor, daré un presente literario —dijo esto y me puso su mano en la frente—. Te daré ingenio inagotable y sutileza en las palabras. Serás un gran autor.

—Yo —dijo Diógenes poniéndome una mano en el pecho—, os daré una conciencia indestructible, capaz de soportar cualquier pecado e ignominia. Así podréis sobrepasar la maleza humana sin ensuciaros.

—Y yo —dijo por último Timón poniéndome su mano entre mis piernas—, os daré potencia infinita y arte amatorio. Podréis satisfacer cuantas hembras quieras y serás irresistible para el sexo opuesto.

—Mi presente os dará fama. —dijo Aristófanes

—El mío —continuó Diógenes— os dará libertad.

—Y el mío os dará de comer —dijo finalmente Timón.

—Adiós, muchacho feliz. Que la libertad y el placer os acompañe.

—Gracias, sombras amigas —dije mientras sus espíritus de desvanecían ante nuestros enlagrimados ojos.

Las seis hermosas muchachas me habían rodeado despidiéndose de los tres invitados. Luego me miraron y exclamaron.

—¡Mirad! ¡Qué gran regalo os dio Timón!

Y en verdad mi masculinidad se presentaba majestuosamente, provocando la admiración de las niñas, las que inmediatamente comenzaron a ambicionar dicho presente para ellas. Así que no tuve más remedio que compartirlo.

Y Timón no me engañó...¹

En Bríndisi, en el año romano de 1317²

¹ Sigue a las Dionisiacas, cronológicamente, las "Memorias Bizantinas", aunque se supone que las "Memorias Paganas" fueron comenzadas antes, pero terminadas con posterioridad. De Pornócrates se desconocen aún otras obras mencionadas por poetas contemporáneos a él. Ellos mencionan una colección de poemas eróticos titulados "La Proa de Júpiter", un volumen de canciones conocido como "Los Gemidos de Afrodita" y una novela romántica al estilo de Longo titulada "Lysenia" de la cual poseemos fragmentos.

² Equivale a 564 D. C.



Colección Deuntirón

¡Oh, maravilloso encuentro aquel en un pueblo olvidado donde las sombras de los más sabios diéronse cita! Nunca se hubieran podido reunir tan ilustres conversadores, espíritus tan selectos e ingenios tan brillantes en tan apestoso lugar, especialmente debido a que pertenecían a épocas distintas. Gracias a la magia inigualable de mi dilecta amiga Erina, pudimos lograr tal portento: con solo algunos menjunjes y una que otra palabra caldea dicha en el momento oportuno, las sombras de los grandes hombres se levantaron de sus tumbas y acudieron al portentoso llamado de mi maga.